

Emociones policiales: sentimientos de vulnerabilidad y estrategias para afrontarlos entre policías de Madrid¹

Sergio García García

Universidad Complutense de Madrid ✉ 

<https://dx.doi.org/10.5209/rao.95180>

Recibido: 17 de septiembre de 2023/Aceptado: 8 de enero de 2024

ES Resumen: Los diferentes ámbitos sociales y profesionales conllevan experiencias emocionales específicas ligadas a situaciones interaccionales particulares. En este artículo me propongo analizar el repertorio emocional que experimentan los agentes de Policía. Preguntándome por las experiencias de vulnerabilidad que operan por debajo del poder policial, he revisado los materiales etnográficos procedentes de distintas investigaciones en el campo securitario y policial en Madrid en las que he participado. Entre los hallazgos, desarrollo de un lado las experiencias de vulnerabilidad más comunes en el trabajo policial, las cuales se relacionan con tres tipos de situaciones: de tensión, de presión y de juicio crítico. De otro lado, analizo las diferentes estrategias desplegadas para afrontar esa vulnerabilidad: aquellas que refuerzan el espíritu de Cuerpo y que transmutan las críticas en sentimiento de orgullo policial, y aquellas otras que implican una cierta transformación subjetiva a través de la aproximación a metodologías “blandas” propias del trabajo social y del contacto con referentes académicos.

Palabras clave: policías; emociones; vulnerabilidad; estrategias.

ENG Police emotions: feelings of vulnerability and coping strategies among Police officers in Madrid

Abstract: Various social and professional contexts entail specific emotional experiences linked to particular interactional situations. In this article, I aim to analyze the emotional repertoire experienced by police officers. Exploring the experiences of vulnerability that operate beneath police authority, I have reviewed ethnographic materials from different research studies in the security and Police field in Madrid. Among the findings, I firstly delve into the most common experiences of vulnerability in police work, which are related to three types of situations: tension, pressure, and critical judgment. Secondly, I analyze the different strategies deployed to cope with this vulnerability: those that reinforce the esprit de corps and transform criticisms into feelings of police pride, and those that involve a certain subjective transformation through an approach to “soft” methodologies inherent to social work and engagement with academic references.

Keywords: Police officers; emotions; vulnerability; strategies.

Sumario: 1. Introducción. 1.1. La socio-antropología de lo policial y las emociones. 1.2. La pregunta por la emocionalidad policial. 1.3. Revisión de materiales etnográficos. 2. La vulnerabilidad policial. 2.1. Situaciones de tensión. 2.2. Situaciones de presión. 2.3. Situaciones de juicio crítico. 3. Las estrategias policiales ante la vulnerabilidad. 3.1. Espíritu de Cuerpo. 3.1.1. Heroísmo y comunidad policial. 3.1.2. *Don't fuck the police*: crear orgullo policial. 3.2. Transformaciones emocionales. 3.2.1. Atractivo por las metodologías blandas. 3.2.2. Fascinación por la academia y reflexividad. 4. A modo de cierre. 5. Referencias bibliográficas.

Cómo citar: García García, S. (2024). Emociones policiales: sentimientos de vulnerabilidad y estrategias para afrontarlos entre policías de Madrid. *Revista de Antropología Social* 33 (1), 71-89. <https://dx.doi.org/10.5209/rao.95180>

¹ Este artículo es fruto del proyecto de investigación PID2021-123504NB-I00, liderado por Pedro Oliver Olmo e Ignacio Mendiola Gonzalo, y financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación y la Unión Europea.

1. Introducción

Un inspector jefe del Cuerpo Nacional de Policía del distrito de Tetuán (Madrid), refiriéndose a un disparo sufrido por una persona de origen ecuatoriano, trasladada en un Consejo de Seguridad –foro local dedicado a rendir cuentas sobre la gestión policial– su visión sobre el móvil del crimen: “personalmente conozco el tema, porque estaba yo de servicio en ese momento, y el tema está motivado por una cuestión de orden sentimental”. Estas palabras sobre el móvil “de orden sentimental” nos remiten a algunas de las representaciones culturales que manejan los policías sobre los fenómenos en los que intervienen, de manera especial los delitos más graves –“de sangre”–. En su vocabulario, es fácil escuchar “delitos por venganza”, “sentimentales”, “pasionales” o por controlar el mercado de la droga y “demostrar quién manda”.

Este *repertorio emocional*, propio de la *cultura afectiva* policial, se utiliza para explicar las conductas delictivas a partir de la naturalización de unas “bajas pasiones” recortadas de su contexto social (Le Breton, 1999). La naturalización de las emociones y las conductas violentas que hacen los policías son el correlato de una institución policial que, inserta en el complejo penal, tiene como cometido el establecimiento de responsabilidades individuales. Aunque el vocabulario para nombrar dichas emociones suele coincidir con el del resto de la población, estas pasiones cobran sentidos específicos dentro de la cultura policial, ligadas ocasionalmente a las experiencias, pero sobre todo a los relatos y las *historias profundas* de los policías (Hochschild, 2018). A modo de *pensamientos encarnados* (Rosaldo, en Greco, 2011), los agentes suelen presentar una visión hiperbólicamente pesimista de la realidad social sobre la que trabajan, sentida como caótica a partir de la referencia a los delitos más violentos, como asesinatos, violaciones, robos con fuerza o palizas. La violencia estaría en la naturaleza de algunos sujetos y culturas extirpadas de la comunidad imaginada propia.

Las situaciones de violencia, pues, son las que suelen protagonizar las referencias a las emociones en los relatos policiales y en la cultura audiovisual que se genera a su alrededor. De manera concomitante, las emociones relacionadas con la violencia también han sido centrales en los análisis socio-antropológicos del campo de lo policial. ¿Qué podemos extraer de esas aproximaciones a las emociones policiales? ¿Qué limitaciones y vacíos encontramos de cara a analizar el contexto de la Policía en España? ¿Agota la violencia toda la riqueza emocional que tiene lugar en el mundo policial?

1.1. La socio-antropología de lo policial y las emociones

El cuestionamiento de la dicotomía entre racionalidad y emoción, así como la consideración de las emociones como relevantes en el conocimiento antropológico, han sido algunas de las aportaciones más destacadas de la antropología de las emociones en las últimas décadas. Estas aportaciones se han desplegado, en parte, a través de indagaciones en las instituciones, revelando los afectos que oculta su funcionamiento formal. El mundo policial, y las intensidades afectivas a las que está ligado, no ha

quedado excluido de estas exploraciones (Sirimarco y Spivak L’Hoste, 2018).

Frente a una visión centrada en la racionalidad burocrática, Robert Reiner (2012) caracterizó el trabajo policial como discrecional, fundamentalmente en las escalas más bajas de la jerarquía, donde se dan los contextos interaccionales más desiguales y los espacios sociales de menor visibilidad. Reiner observó que, entre bambalinas, la informalidad rige el trabajo policial, todo ello en un contexto lleno de tensiones. Más que la ley, la seguridad y otros conceptos abstractos, es la propia cultura policial, con sus cosmovisiones y valores encarnados, la que rige su comportamiento. A pesar de no ser monolítica, algunos elementos comunes que forman parte de esa cultura policial serían un estado de sospecha constante, una moral conservadora, un aislamiento social externo, y una fuerte solidaridad interna (Nabaes Jódar, 2018).

Antropólogos como Peter K. Manning (2018) se han acercado a esa cultura policial y su fuerte relación con la violencia. Manning se remonta a la clásica etnografía de Egon Bittner, para quien lo distintivo del trabajo policial es el uso de la fuerza física (Montero, 2005), al destacar cómo la Policía debe ser definida a partir de sus prácticas antes que de su encargo institucional. Esas prácticas tienen que ver fundamentalmente con las intuiciones en situación que desarrollan los agentes en sus intervenciones más que con una supuesta racionalidad orientada por la ley o por la inteligencia policial. La racionalidad profesional opera como retórica justificativa de las prácticas *a posteriori*.

La supuesta dicotomía entre racionalidad y emocionalidad ha sido matizada por los trabajos que comprenden la violencia como lo distintivo de la razón policial (Seigel, 2018), específicamente las etnografías que trabajan sobre la frontera entre ambas modalidades de comportamiento. Dennis Pauschinger (2020), que ha investigado sobre los policías de Río de Janeiro, plantea que la concepción como “trabajadores extremos” les permite combinar el secretismo acerca de lo que sucede en su trabajo con la vocación exhibida con orgullo a partir de una concepción de la ciudad como espacio de guerra.

La etnografía de Didier Fassin (2013; 2017a) con la Brigada Anticrimen (BAC) en la periferia parisina examina también la relación entre las lógicas de gestión y las prácticas agresivas, los imaginarios bélicos y el orgullo de dureza del que hacen gala sus jóvenes miembros. Fassin se introduce en la tensión entre una actividad cotidiana tediosa –pocas llamadas, patrullajes infructuosos– y el deseo de acción de estos agentes –guiados por unos ideales policiales que proceden del cine de Hollywood y por una visión antagonista respecto de los habitantes de dichas periferias. El trabajo de Fassin permite entender cómo se conectan las emociones policiales alrededor de la agresividad con la presión derivada de la gestión gerencial de la institución –que introduce incentivos en la producción de sanciones y detenciones (Fassin, 2018). Para el antropólogo francés, una escena cotidiana que sintetizaría este proceder a partir de la combinación de disposiciones bélicas, frustración de expectativas profesionales y presión para la eficacia, es la de una redada en un bloque de viviendas sociales en la que no se obtiene ningún

resultado espectacular –un gran alijo, la identificación de un peligroso criminal...– pero acaba derivando en un control de identidad a unos jóvenes de origen árabe que son multados por portar una pequeña dosis de cannabis. La presión institucional conectada con la neoliberalización gerencial de la Policía –análisis de costes y beneficios, imagen corporativa, etc.– (Brandariz, 2016), también ha sido destacada en otras etnografías (Herbert, 2017).

Estas primeras referencias nos ayudan a desdibujar la racionalidad burocrática weberiana en el mundo policial a través de la emergencia de una presión institucional *encarnada* por sus agentes. Entender cómo estos están sometidos a presiones que explican en parte su comportamiento, implica ampliar la mirada también a otros mandatos legales y morales del entorno. Beatrice Jauregui (2017) identificó la presencia de apremios entre policías de la India procedentes de parientes y otras fuentes de autoridad comunitarias que afectaban a las prácticas de los agentes –a veces violentas y corruptas.

Sin embargo, las presiones institucionales y externas no se registran solo mediante la violencia física. Algunas críticas recalcan el carácter reduccionista de los acercamientos a la Policía que centran su atención en las tareas más visiblemente coercitivas (Brodeur, en Montero, 2005). Precisamente, la expansión de las labores y roles policiales en el contexto neoliberal hacia trabajos sociales, educativos, humanitarios, sanitarios o comunicativos (Ávila y García García, 2020), amplía el repertorio emocional puesto en juego por los agentes, descentrando de la violencia directa la atención a las emociones policiales. Adam Crawford (1999) llevó a cabo una genealogía de la aparición de la policía comunitaria en Reino Unido tras los disturbios de Brixton de 1981, en los que los jóvenes racializados se enfrentaron a la Policía. Ese acontecimiento provocó la emergencia de discursos sobre la necesidad de acercar a los agentes a las comunidades para evitar situaciones conflictivas y generar confianza. El foco puesto sobre la prevención, más que sobre la reacción, recolocaba a la institución en la búsqueda de legitimidad, lo cual requería transformaciones emocionales en los propios policías.

La ambivalencia que se dibuja entre una “policía de fuerza” y una “policía de servicio” (Bowling, Reiner y Sheptycki, 2010), nos resulta útil como una primera categorización de los distintos repertorios emocionales performativos entre policías. Las tareas y roles policiales más allá de la coerción física implican, pues, nuevos registros comunicativos y la ampliación del repertorio emocional. Si la legitimidad de la institución ante la ciudadanía se ha convertido en un objetivo fundamental, la gestión de las emociones de esa ciudadanía –“inseguridad subjetiva”– pasa

a ocupar un lugar privilegiado. Una de las formas de abordar la relación entre el trabajo policial y las emociones del público se ha realizado mediante el análisis de los usos instrumentales de los afectos por parte de la institución (Hall, Critcher, Jefferson, *et al.*, 2013). En cualquier caso, descentrar la atención sobre la violencia física no implica negar su papel interconectado con las labores “blandas”. Algunas investigaciones, incluso, han recalcado cómo estas actividades blandas, lejos de reducir la violencia policial, la refuerzan (Babül, 2017; Vitale, 2018).

Los estudios citados hasta ahora nos ofrecen esbozos de análisis sobre emociones que van a emerger de los datos etnográficos que presentamos. Algunos sentimientos registrados por las etnografías citadas, relacionados con la tensión, la presión o los juicios críticos, pero también aquellos vinculados a la vocación y al orgullo, aportan claves al análisis que proponemos desde la premisa de la existencia de una cierta cultura policial común en las democracias formales occidentales, aunque con declinaciones nacionales y locales. No obstante, el énfasis sobre las situaciones de violencia a la hora de explorar las emociones policiales en buena parte de esas investigaciones no da cuenta de todas las situaciones de trabajo policial y sus correspondientes emociones. Además, la ausencia de aproximaciones socio-antropológicas a la Policía en España han impedido indagar hasta ahora sobre su repertorio emocional.

Como podremos notar en el análisis que presentamos, algunas emociones pueden estar vinculadas a situaciones más o menos violentas, como la tensión, pero la mayor parte se relacionan con otras situaciones cotidianas en la vida profesional de los policías de Madrid. Por un lado, y a pesar de la creciente desigualdad, esta ciudad está considerada una de las capitales más seguras del planeta en términos de delitos violentos¹ y su Policía cuenta, además, con una imagen pública mejor situada que la de otros contextos, lo cual es indicativo de una relativa baja conflictividad en su trabajo. Al mismo tiempo, la fuerte apuesta por el afrontamiento policial de distintos problemas sociales ha colocado a las fuerzas de seguridad en una posición de fuerza a la hora de abordar la conflictividad social mucho mayor que en otras ciudades². Por último, los cuerpos de Policía, de manera especial la Policía Municipal de Madrid, llevan dos décadas explorando metodologías policiales relacionadas con su inserción en el campo educativo y de la intervención social, suscitando así situaciones de encuentro con el público lejanas de la violencia explícita (Ávila y García García, 2020). ¿Qué otras emociones entran en juego a partir de estas situaciones?

¹ Madrid presentaba en 2022 una tasa de 0,69 homicidios por cada 100 mil habitantes, prácticamente el mismo nivel que la media nacional según datos del Instituto Nacional de Estadística. Por aportar referencias comparativas, algunas de las ciudades con más muertes violentas del planeta, sin incluir situaciones bélicas, se encuentran en el continente americano y presentan 181,94 homicidios por cada 100 mil habitantes en el caso de Colima (México) o 70,56 en el caso de Nueva Orleans (Estados Unidos). Además, comparada con otras ciudades europeas, Madrid presenta índices de delitos ostensiblemente más bajas que el resto de grandes capitales europeas.

² Según datos del Ministerio del Interior, la Comunidad de Madrid (región donde se sitúa la ciudad de Madrid) alcanzó un récord en 2022 de 21.160 agentes de Policía Nacional y Guardia Civil (ambas, policías estatales). A esta cifra hay que sumarle 10.440 policías locales en toda la región (6 mil de ellos en la ciudad de Madrid). En total, la Comunidad de Madrid presenta una tasa de 456,8 policías por cada 100 mil habitantes, ostensiblemente mayor que la media europea, que es de 333,4 policías por cada 100 mil habitantes (media en el período de 2018 a 2020).

1.2. La pregunta por la emocionalidad policial

La producción de un mínimo *rapport* entre el sujeto de la etnografía y el policial, que suelen partir de coordenadas culturales y espacios sociales como mínimo mutuamente ignorados cuando no antagónicos, ha sido objeto de reflexión por parte de la antropología (Fassin, 2017a; Hornberger, 2017). Anna Souhami sostiene que las etnografías policiales han tendido a enfatizar las propias emociones negativas de la persona etnógrafa –miedo, ansiedad, enfado, etc.–, a veces en contraste con policías que se sienten excitados ante acciones de riesgo (Souhami, 2023). Para Beatrice Jáuregui (2017), la distancia con policías indios se salvó en su etnografía a través de la construcción de una complicidad generativa que permitió comprender los comportamientos violentos de los agentes sin justificarlos: se trata de la puesta en juego de una empatía crítica que permite ir más allá de los actos violentos en sí al conectarlos con las presiones a las que están sometidos y con sus trayectorias biográficas (Jauregui, 2017).

En las situaciones de investigación que aquí voy a narrar, he experimentado, la mayor parte de las veces, un clima cooperativo favorable a una cierta complicidad, todo ello a pesar de mis acercamientos críticos a la institución policial. Además, en los últimos años he conocido en encuentros académicos e institucionales a algunos agentes que, una vez finalizado el acto, se han acercado a exponer un sentimiento de identificación con mis ideas. La *impresión* por lo inesperado de sus palabras –confieso que esperaba una reacción más bien hostil– disparó mi curiosidad por el significado de esos afectos.

En un principio comencé a preguntarme si estaba ante los efectos emocionales del contacto de los policías con discursos y prácticas reflexivas sobre el trabajo policial, tanto desde un reformismo que insiste en potenciar las cualidades comunicativas y emocionales de los agentes, como desde discursos críticos que postulan su decrecimiento. Pero posteriormente, a tenor de mi incipiente interés por la antropología de las emociones, amplí el análisis a todas aquellas situaciones rastreadas en mis cuadernos de campo y entrevistas en las que se nombrasen emociones y sentimientos con el fin de dibujar un mapa afectivo del trabajo policial en el contexto madrileño de las primeras décadas de siglo XXI.

Para dar cuenta de esta cartografía emocional, en primer lugar, registré las sensaciones de vulnerabilidad –exposición a la posibilidad de daño y a la dependencia de los demás para la supervivencia y el reconocimiento (Butler, 2006)– experimentadas por los policías: ¿en qué situaciones se sienten inseguros? Dando respuesta a esta pregunta, pude constatar que, ante situaciones emocionales similares,

parecía haber respuestas diferentes en función de factores como la edad profesional y la ideología de los policías: ¿cuáles son las diferentes estrategias que los policías ponen en marcha para hacer frente a esas experiencias de vulnerabilidad y transformarlas en emociones más agradables?

1.3. Revisión de materiales etnográficos

Los materiales que nutren el presente análisis proceden de distintas investigaciones e indagaciones sobre (in)seguridad y Policía en las que he participado desde 2006 en Madrid³. Se trata de contextos de investigación diferentes que tienen en común una relación de investigación etnográfica y antropológica con las instituciones de Policía mediante la cual he ido acumulando material en forma de conversaciones informales, entrevistas y situaciones de observación en consejos de seguridad, espacios públicos, foros de discusión e instalaciones públicas. He recogido especialmente el punto de vista de policías municipales, aunque también el de algunos policías nacionales, tanto “de calle” como gestores, existiendo un cierto sesgo hacia perfiles reformistas y cualificados (más accesibles)⁴. Además, la información procede de barrios variados, tanto periféricos como centrales, de la ciudad. Estas múltiples puertas de entrada al campo de lo policial, aun incompletas, permiten mapear una pluralidad de posiciones dentro de la institución relacionadas con puntos de vista contradictorios y, por tanto, vivencias emocionales diversas (Bourdieu, 1999), pero también posibilitan reflexionar teóricamente sobre los elementos comunes de la racionalidad/emocionalidad policial contemporánea en Madrid.

Los materiales de campo que he utilizado han sido revisitados desde una nueva perspectiva teórica: si en otras investigaciones, individuales y colectivas, he intentado apuntar a las claves del poder policial, lo que me ha ocupado en este análisis ha sido el sufrimiento sentido por los policías. La pregunta surgió *a posteriori* respecto de cuando se produjeron los datos etnográficos, funcionando como un analizador retroactivo a través del rastreo por palabras clave y la relectura de múltiples materiales. La revisión de datos ha permitido sondear una nueva dimensión en las prácticas policiales y descubrir matices sobre su vivencia subjetiva que había pasado por alto en análisis anteriores. Al tratarse de situaciones, contextos sociohistóricos y preguntas de investigación diferentes en cada caso, he tratado de cuidar la especificidad de los materiales e interpretaciones sobre las que hago esta revisión, intentando no sesgar el sentido de las acciones y palabras tal y como fueron enunciadas y codificadas anteriormente a la pregunta por la emocionalidad.

³ Se trata de una etnografía barrial sobre discursos y prácticas de la inseguridad en Carabanchel (2006-2011), un análisis de los controles por perfil racial (2010-2012), un acercamiento a las metodologías preventivas en la Policía Municipal de Madrid (2013-2015), un estudio de los discursos y prácticas de la reforma policial (2015-2019), una investigación sobre un proceso de securitización en Tetuán (2017-2020), una indagación en las formas de producción cultural de la Policía (2020-2023) y un análisis de discursos y prácticas de despolicialización y las reacciones policiales (2021-2023). Además, se reúnen materiales recopilados por fuera de esas investigaciones a partir del contacto cotidiano con la realidad policial en Madrid (documentos oficiales, noticias, redes sociales policiales y productos audiovisuales, etc.).

⁴ Todos los nombres personales de policías que aparecen en el texto han sido modificados con el fin de proteger su anonimato. Así mismo, se han omitido aquellos datos específicos de unidades o distritos que pudieran revelar su identidad, salvo los datos extraídos de documentos públicos.

A la hora de analizar el material, he filtrado los discursos en busca de referencias directas o indirectas en su vocabulario que remitiesen a la especificidad emocional del mundo policial. Los significados emocionales que atribuyen los policías a la realidad sobre la que trabajan y a su propia ocupación constituyen la materia prima de sus juicios y decisiones. El análisis simbólico ha sido complementado con la atención sobre los cuerpos que participábamos en las interacciones y sus intensificaciones afectivas, intentando capturar a través de los tonos de voz, posturas y gestos observables las tensiones y las energías en situaciones concretas (Pons Rabasa, 2018): lo que ha resultado más relevante en el análisis de algunas conversaciones con policías no es tanto el contenido de las mismas como la corriente afectiva que circulaba, más relajada o más tensa, que unas veces diluía y otras veces fortificaba las fronteras identitarias entre sujetos situados en espacios sociales casi antagónicos.

2. La vulnerabilidad policial

En un contexto como Madrid, tanto la correlación de fuerzas favorable –tasas de delitos bajas y plantillas de policía elevadas– como la aprobación social por parte del público (García García, Mendiola, Ávila, *et al.*, 2021), hacen que los policías salgan reforzados en su poder material y simbólico de buena parte de las situaciones. Sin embargo, algunos policías, especialmente los más veteranos y a la vez más reflexivos, son capaces de evocar situaciones que desvelan sentimientos de vulnerabilidad que hacen aflorar la precariedad de los cuerpos de los propios policías, sus sentimientos de miedo, duda, vergüenza, culpa, injusticia...

2.1. Situaciones de tensión

Como profesión que porta armas para enfrentarse a situaciones tensas, si no peligrosas, nos hemos preguntado por el miedo como emoción culturalmente reconocida en nuestro contexto y su declinación específicamente policial. Es habitual que los agentes se sientan subjetivamente seguros en sus intervenciones: de la observación en el espacio público y las conversaciones con algunos, se deduce que, en el contexto actual de una ciudad como Madrid, apenas experimentan amenazas serias a su integridad física o al impedimento de su trabajo. Al preguntar a Marcelo, un policía municipal crítico con la institución y que se definía “de izquierdas”, por los miedos experimentados por los agentes, contaba que los

“compañeros” no suelen tener miedo a la calle pues “la ciudad está muy tranquila” y ellos son “muchos”:

Un compañero decía que no somos machos, somos muchos. Yo he llegado a sitios que he dicho: “me van a dar una hostia que me van a sacar de Madrid”. Pides por emisora gente, y claro, entre comillas, “el malo” dice: “claro, con estos dos puedo, pero es que son ocho” (Marcelo, policía municipal, 2022).

Lo relatado por Marcelo contrasta con los imaginarios que buena parte de los medios de comunicación, sindicatos policiales y “compañeros” despliegan en torno a su debilidad operativa –falta de recursos y efectivos– con relación a las situaciones, lugares y figuras extremadamente peligrosas que amenazan la seguridad. A pesar de la predominante tranquilidad del trabajo policial, algunas experiencias y las representaciones violentas, socializadas en la cultura policial e incorporadas a su *habitus* profesional, hacen aflorar emociones negativas –expresivas de valoraciones morales– que pueden acabar desbordándose y dando lugar, en casos extremos, a la letalidad policial. En noviembre de 2021, un policía nacional disparó a Issa, un hombre sin hogar afrodescendiente, conocido en el barrio de San Cristóbal, que se encontraba en medio de una crisis mental, había amenazado a algunas personas en un centro de salud y, al parecer, se abalanzó con un cuchillo hacia uno de los policías que acudieron. En el vídeo que grabó un vecino se aprecia cómo el agente que le disparó, en medio de una intensa tensión, gritó cuando ya yacía Issa en el suelo: “Me cago en tu puta madre”, “cabrón”, “te mato” (Águeda, 2021). Hay que hacer notar que, entre los blindajes con los que cuenta la institución policial, el empleo del arma en “legítima defensa” constituye uno de los elementos fundamentales de “un gobierno de los cuerpos que interviene a escala del músculo”, tal y como ha hecho notar Elsa Dorlin (2019: 27), por contraste con la especial severidad con la que históricamente se ha castigado la autodefensa de los sujetos oprimidos, especialmente los racializados, obligados a controlar el “impulso nervioso” ante la violencia sufrida.

Este gobierno diferencial a la escala del impulso nervioso y muscular habilita a los policías a dejarse llevar por sus emociones agresivas –estructuralmente incorporadas a las rutinas policiales y que requieren de una disposición corporal-emocional específica para realizarse– con relativa impunidad⁵. Tal y como se viene señalando desde la criminología crítica, el trabajo policial no solo responde de

⁵ Estas intervenciones, solo si trascienden a la arena pública, suponen un problema para la institución policial en cualquier lugar: socavan su imagen y pueden ser el detonante de explosiones de malestar de grupos sociales que acumulan experiencias de opresión policial (es el caso de las movilizaciones tras la muerte de Mame Mbaye en Madrid en 2018, de George Floyd en Minneapolis en 2020 o del joven Nahel en París en 2023). Algunos episodios mediáticos de violencia policial han obligado a anunciar reformas y castigos ejemplares para los ejecutores en Estados Unidos y Francia. En algunos contextos, incluso, como resultado de las evaluaciones de las actuaciones policiales, se ha planteado la retirada de los policías de aquellas intervenciones relacionadas con personas con problemas de salud mental, como es el caso de Canadá (Notes de Seguret, 2023). Pero en general, y de manera muy especial en España, la respuesta institucional apunta a impedir siquiera el esclarecimiento de los episodios de violencia policial, calificando estos casos de “muertes naturales” o “muertes accidentales”. Entre 2010 y 2020 se produjeron en España 72 muertes bajo custodia policial (62 en dependencias del Cuerpo Nacional de Policía y 10 en las de la Guardia Civil), según los datos que proporcionaba el Ministerio del Interior a una pregunta del diputado Jon Iñárritu, de EH Bildu. En las dependencias del Cuerpo Nacional de Policía murieron 30 personas por suicidio, 3 por sobredosis y 29 por causas naturales. Según Jorge del Cura, del Centro de Documentación contra la Tortura, estas muertes son el resultado del “síndrome del detenido”, en el que “policías se echan encima de una persona alterada o bajo efectos de sustancias estupefacientes, y le acaban asfixiando”. En cuanto a intervenciones policiales con resultado letal, entre 2015 y 2020 se produjeron 32 muertes con el siguiente reparto: 14 accidentales, 14 naturales y 4 por suicidios según datos oficiales (Albín, 2020).

manera proporcional a una realidad social violenta, sino que va más allá de dicha realidad y se convierte en productor mismo de actos violentos⁶. Esta violencia policial, de hecho, ha sido interpretada por algunos estudiosos, más que como una perversión de su cometido, una condición necesaria para su eficacia que combina acciones legales e ilegales (Ralph, 2017) para dar respuesta a las demandas de orden (Fassin, 2018).

Es especialmente en los comienzos de la carrera policial y ante situaciones sociales inéditas –como las relativas a territorios y sujetos que generan una desorientación conectada con visiones coloniales sobre la otredad: “Lavapiés (barrio que simboliza la inmigración en Madrid) es territorio comanche”–, cuando las representaciones, emociones y juicios marcadamente negativos que proyectan algunos policías desembocan en un miedo defensivo y a la vez agresivo. Ese temor, metabolizado por la cultura policial en un sentimiento colectivo de nosotros frente a otros, se transforma en un lenguaje que codifica la diversidad en paisajes bélicos, y que demanda de ellos una acción al menos “cauta”:

Claro, nosotros a los gitanos, los gitanos son talibanes. El argot policial es así. El moro es un moro mierda, el negro es un negraca, y puff, el gitano es un talibán, o sea (...) Es que al final, el policía, ¿con quién tiene problemas? Pues, en el mercadillo más tonto, ¿quién va a los mercadillos?, pues los puestos son todos de los gitanos, tienes movidas [conflictos] ahí con ellos. Tener una movida con un gitano, tú ya sabes el griterío de la hostia, ellos buscan de esto hacer un incendio grande. Y según qué zonas de Madrid, pues tío, si vas a tener una movida en Pan Bendito [barrio de baja renta en el que vive una alta proporción de población gitana], pues ten cuidado, sé cauto. Pan Bendito ya no es lo que era, ni mucho menos, pero sé cauto. Si tú me dices, “reyerta en Pan Bendito en una vivienda”, pues allí lo menos dos patrullas, y dos más atentos, si yo tengo un indicativo solo, se lo pueden comer con patatas. (Marcelo, policía municipal, 2022).

Además de situaciones con sujetos racializados construidos como peligrosos, Marcelo refería otras situaciones de tensión, como “un aviso de violencia de género que no sabes lo que te vas a encontrar” (“yo me he encontrado la mujer llena de rajadas”) o cuando salió de una casa un niño de 14 años con un cuchillo tras amenazar a su familia –Marcelo apostilló con una explicación *emic* sobre la conducta del niño: “claro, no le habían dado un bofetón en su vida, así había salido”.

Los policías veteranos recuerdan estos episodios de temor como hitos en la construcción de su identidad profesional. Los relatos de peligro están asociados sobre todo a los tiempos de juventud en la carrera policial y a los turnos de tarde y noche, donde toca “vérselas con la calle”. En la entrevista que mantuvo con el subinspector jefe Gutiérrez, este veterano eligió la disposición física del espacio con el fin de controlar lo que ocurriera alrededor –probablemente era un hábito adquirido en la época en la que trabajó en el País Vasco cuando aún existía ETA⁷. Durante la conversación, no le costó recordar situaciones en las que había sentido miedo en una época más complicada:

Pues desde estar en un atraco de personas armadas que no sabes si te van a estar disparando, hasta tener que desactivar una bomba o tener un comando de ETA, y tenerle ahí, y no saber cómo te va a reaccionar el comando. Estar por el monte, a las 12 de la noche, y no saber lo que te va a aparecer detrás de un árbol, alguien con la pipa y te va a pegar dos tiros (...) A mí me han explotado bombas, o sea, que sé lo que es, yo he asistido al entierro de compañeros míos. (Gutiérrez, policía nacional, 2006).

Como en muchas profesiones, los nervios e inseguridades del iniciado, así como las enseñanzas de un compañero más veterano, forman parte de los ritos de iniciación del comienzo de la carrera policial: “Cuando entré, no temor, un poco de nerviosismo, de inseguridad, hasta que haces tu primera actuación, tu primera intervención y vas para adelante si ves que te ha salido bien. Y si tienes un compañero que te ayuda y te va explicando las cosas, eso es primordial”.

La extrañeza respecto del rol policial sentida en las primeras intervenciones es recordada de manera muy especial por Marcelo. Las reacciones corporales incontrolables simbolizan una sensación de vulnerabilidad que este agente colocaba al principio de una carrera emocional ensamblada a los hitos de la carrera profesional: “la primera intervención que hice fue requisar la venta de tabaco a un tío... ¡Me temblaba la pierna! Imagínate, de esto que no la paras, no la paras. Y eso que era una intervención muy sencilla”. Pero la intensidad emocional de las situaciones se irá rebajando en la carrera profesional. La incorporación de los principales elementos del *habitus* policial a través del aprendizaje de los compañeros, de los símbolos de autoridad que portan y de una disposición a ejercer la agresividad, ayudaría a integrar el rol. La eficacia material y simbólica del uniforme, que proporcionaba una legitimidad inédita “en su vida normal”, y de unas acciones que resultaban extrañas

⁶ Además de los actos de violencia en instalaciones policiales e intervenciones denunciados en sus informes por distintas organizaciones civiles, algunos datos hacen referencia a los cuerpos policiales como aquellos que dentro del personal del Estado presentan mayores índices de retirada de la condición funcional como consecuencia de la comisión de delitos. De los 524 funcionarios que perdieron su condición entre 1996 y 2018 en España, 201 eran policías (sin contar guardias civiles, dentro de estructuras funcionariales militares). De manera muy especial, destacan los 13 policías cesados por homicidio frente a los 2 entre el resto del funcionariado, o los 4 retirados del servicio por agresiones sexuales frente a 1 entre el resto de los profesionales (Belmonte y Cabo, 2018). Hay que tener en cuenta, a la hora de interpretar estos datos, que los policías cuentan con una serie de facultades y blindajes jurídicos, así como con un fuerte corporativismo protector, que hacen mucho más difícil imputarles delitos que a otros funcionarios y ciudadanos.

⁷ Las precauciones tomadas por el policía en aquel encuentro hay que enmarcarlas en un periodo histórico aún muy condicionado por la amenaza del terrorismo de ETA, que se cebó especialmente con miembros de las fuerzas de seguridad.

al propio agente pero que al ensayarse resultaron eficaces, acabaron por consagrar a Marcelo como policía:

Y luego he tenido de estas que dices: ¡puff, te van a arrancar la cabeza, te van a dar una hostia!... Decía, te lo juro: el uniforme trabaja solo. El uniforme hace cosas que yo digo... Y al revés, yo decía: ¿cómo soy capaz de hacer esto? Cosas que, en tu vida normal, macho, yo no quiero saber nada de esto (...) Yo, cuando trabajaba en la judicial (...), en suicidios, y el forense te decía... ¿Tengo yo cara de estar interesado en esto?, ¿en serio? No sabía dónde mirar. O ir a una persona que se había ahorcado en una habitación e ir con la navaja para quitar el nudo. Y ahí lo haces, el uniforme, y eso que iba de paisano, pero eres profesional, eres serio, pero me lo pides tu en tu día a día y no lo hago (...). Y yo he tirado dos puertas, una no había nadie, y otra había un tío pegándole una paliza a la tía (...) No, tío, el uniforme..., te comes cosas que tú dices..., luego lo piensas y dices: ¡hostias! (Marcelo, policía municipal, 2022).

El nerviosismo de los policías jóvenes, los que están en la calle en los “turnos más movidos”, puede transmutarse en agresividad y servir para iniciar una carrera moral al interior del Cuerpo a través de la exhibición del capital guerrero. Todo ocurre como si la vulnerabilidad fuera transformándose en identidad policial a través de dicha carrera moral. “Aplicar la ley” en toda situación –eufemismo para referirse a detener o sancionar– era visto por Alejandro, un policía impulsor de reformas para reducir las actitudes racistas en los cuerpos policiales, como sinónimo de agresividad. Hablando elípticamente de Francia, como si con ello se refiriera a su propia realidad profesional sin asumir riesgos, atribuía a los jóvenes de provincias –“una Francia totalmente blanca, tradicional”– recién incorporados a barrios con gran diversidad de las grandes ciudades –“Saint-Denis, mayoritariamente senegalés, gambiana o argelina”– una propensión a actuar con dureza –“el impacto primero es... ¿Cómo va a reaccionar a ese miedo? Aplicando la ley y la norma que le apoya”.

La detención, que siempre implica algún tipo de contacto físico, es la principal herramienta material y simbólica para imponerse: detener es sinónimo de eficacia. Sin embargo, Marcelo, como si de un signo de madurez profesional se tratase, fue descubriendo desde una economía de fuerzas que no merece la pena exponer el propio cuerpo y cometer alguna que otra ilegalidad por “una tontería”:

Porque detener a un tío es engrilletar, y engrilletar va a suponer violencia. ¿Tú le engrilletas y no va a hacer nada más? No, no, hay revolcón [forcejeo] seguro. Y si hay revolcón, tú te vas a llevar un par de hostias [golpes], en el fragor de la ba..., pum..., te vas a llevar un par de viajes seguro, en la cara o donde sea. Como tenga marcas, te tengo que llevar al hospital, y como es un derecho que tú tienes, te tengo que llevar al hospital. Si te he lesionado, yo también voy a decir que tú a mí me has lesionado, y al hospital. Pues ya tengo a un detenido en el hospital, un patrulla custodiándole, tú

que estás en el hospital, y al final tengo tres patrullas para una tontería. En lugar de llevar detenido, te doy un papelito, “en el juzgado de Plaza Castilla el día 25 a las 10, y si no vas, allá tú, que el juez te condene X”. Pero claro, la gente prefiere detener, es más espectacular detener. (Marcelo, policía municipal, 2022).

Del miedo a la agresividad (“espectacular”), y de la agresividad al cálculo de fuerzas signo de madurez. Este recorrido emocional desde la tensión a un cierto aplomo puede definir el proceso de maduración de un policía de forma coherente con las representaciones culturales sobre la edad biográfica, muy presentes también en el género policial audiovisual –que interviene en alguna medida en las autorrepresentaciones de los propios agentes.

El temor nervioso no es la única emoción que provoca tensión en los policías. En la medida en que su trabajo no solo concierne ya al delito y a la violencia, sino que ha ido expandiendo su área de trabajo hacia “lo social”, aparecerían otras emociones de signo negativo y variable intensidad, como el extrañamiento ante el desborde emocional o el asco hacia cuerpos alterizados, sus fluidos y olores (Mendiguren, 2021). Así mismo, la sensación de pudor y vergüenza tensiona a los agentes cuando tienen que tocar cuerpos significados como tabúes (por género o edad). El cumplimiento de etapas profesionales, de la calle a las oficinas, les irá alejando de esas sensaciones físicas y emocionales desagradables para adentrarles de forma más intensa en las que les provocan los “marrones”.

2.2. Situaciones de presión

Desde los puestos cualificados –jefaturas, agentes tutores, etc.–, algunos policías ven cómo sus inseguridades han ido desplazándose desde la tensión, en forma de riesgo físico y de crudeza social, a la presión que ejercen fuerzas sociales –moralmente internalizadas– sobre su propio trabajo. A partir del material disponible, podemos afirmar que son tres las fuentes principales de presión emocional para los policías: la ley, el escrutinio público y un particular sentido de la justicia.

Como agentes que han aprendido en la academia que su cometido es hacer cumplir la ley, los policías temen a esa misma ley. Que se les acuse de una ilegalidad supone un riesgo para su carrera y una mancha en el honor. Para Gutiérrez –a quien le temblaba la voz al enunciar estas palabras, probablemente evocando alguna situación concreta–, tener que decidir en el acto si deja “en la calle o se queda detenido” alguien previamente capturado era muy comprometido.

Unos agentes tutores que trabajaban con menores hablaban de la sobre-responsabilidad que sentían y que les obligaba a “no poder mirar para otro lado”:

- Y aparte, si vienen, entre comillas, como decimos, “mal dadas”, en el que hay algún tipo de denuncia, pues dicen: No, es que lo sabía el policía y el policía no ha hecho nada...
- Es que somos responsables.
- Somos responsables, yo lo tengo que poner por escrito y se lo tengo que dar o a mi jefe o a Fiscalía

o a Servicios Sociales, porque si le pasa algo a ese menor, el responsable, entre comillas, soy yo, porque me estoy enterando de una situación que está pasando y no estoy haciendo nada.

- Sí, porque un dinamizador no tiene problemas legales por no hacer un trabajo y nosotros sí. Si no hacemos un trabajo, podemos tener problemas nosotros, a nivel judicial.

Pero la presión que ejerce la ley no solo actúa por defecto, sino por exceso en sus intervenciones. Marcelo relataba cómo un amigo que trabajaba en formación le decía preocupado: “Tío, es que nos están metiendo ahora un miedo para actuar...”. Su amigo le contaba que, con tantas cámaras, los policías ahora tienen miedo “a hacerlo mal” –“dice, te dan ganas de no hacer nada... Un chaval que tiene muchas ganas de hacer cosas”. A Marcelo, convencido reformista, no le parecía mal esta presión, pues se oponía a una política de acceso y formación de Policía Municipal que privilegiaba los perfiles de “Rambos” y opinaba que había que hacerles saber que “si tú haces algo que es una responsabilidad penal, es intransferible”.

Un segundo tipo de situaciones asociadas con la presión tiene que ver con la imagen pública, especialmente entre los policías más maduros. La posibilidad de usar la violencia física y verbal encuentra sus límites en la posible sanción moral del público. Entre 2009 y 2013 actuaron en las calles de Madrid las Brigadas Vecinales de Observación de Derechos Humanos⁸. En los múltiples encuentros que tuvieron con policías nacionales jóvenes –turno de tarde y noche– realizando controles por perfil racial, documenté algunas de las conversaciones con los agentes. En estas conversaciones, los policías intentaban autocensurarse ante personas con presumiblemente mayor capital cultural, evitando dar explicaciones, aunque no siempre con éxito. Frases como “fíjese en las estadísticas, sólo una mínima parte de delitos se cometen por españoles” o “hay muchos delitos en general y nosotros paramos a españoles y negros”, lejos de aplacar el conflicto dialéctico lo escalaban.

Los mandos son conscientes de la situación de vulnerabilidad en la que quedan los policías si se publican palabras literales en situaciones espontáneas. El mismo Gutiérrez, jefe del CNP en un distrito del sur de Madrid, me pidió que interrumpiese la grabación para confesarme que “los fines de semana sólo hay un coche Z” para todo el distrito. Las únicas referencias de investigación que tenía eran periodísticas, por lo que creía que me estaba dando una información jugosa que le ponía en riesgo por filtrarla. En su imaginario, era información muy delicada para los jefes y los políticos por la presunta falta de recursos que revelaba –hay que contextualizar su temor en un momento, 2006, en el que la seguridad ciudadana acaparaba los focos mediáticos en Madrid, lo cual se vivía como apremiante.

La atención a la grabadora es un indicio de la presión de la mirada externa: simboliza para estos entrevistados la pérdida de control de una información

que, a su vez, sienten justo expresar. El mismo Gutiérrez la miraba cuando dudaba de que lo que iba a decir fuese políticamente correcto –“se amparan en la ley del menor [mirada de reojo a la grabadora] y no se les puede meter caña como se debería”. También necesitó autocorregirse y precisar, tras haber hecho algún comentario criminalizador del colectivo inmigrante, que no todos eran así: “hay gente que viene a trabajar”.

Por su parte, Marcelo me pidió que dejara de grabar para contarme que un compañero le pasaba datos reales de los muertos que se encontraron durante la pandemia. A su vez Miguel, un agente tutor que no se mordía la lengua, pidió tras la entrevista que se eliminaran los comentarios políticos que se le escapasen, mientras que su compañera María José, mucho más prudente, pidió directamente que no se grabara la conversación. Por último, sin haber emitido ninguna información que delatase su posicionamiento partidista en una hora y media de entrevista, Alejandro se relajó cuando paré de grabar y emitió opiniones menos técnicas que las verdaderas hasta el momento, como que en la ciudad de Madrid el Partido Popular había ido fabricando “un *staff*” en la Policía Municipal, un cuerpo hecho a medida del propio partido. *Off the record*, los agentes confiesan informaciones delicadas, como si se sintieran moralmente impelidos a hacerlo público, pero temiendo que queden pruebas de su autoría.

La necesidad de validar constantemente el reconocimiento público por parte de unos agentes que carecen de las mismas herramientas discursivas que otros profesionales con mayor capital cultural, lleva a algunos entrevistados a una cierta ansiedad por controlar lo que escribe el investigador: “Anota bien en ese cuaderno (...), es que la Policía está para ayudar, eso es lo que tienes que decirles en tu estudio”. En la misma entrevista grupal en la que un agente tutor enunció esas palabras, su compañero destacó que el año anterior obtuvieron un premio de la UNESCO por su labor, a la par que señalaba un corcho en la pared lleno de recortes de prensa en los que aparecían siempre noticias relacionadas con alguna acción positiva, visita ilustre o reconocimiento oficial: “algo debemos estar haciendo bien si nos dan premios, ¿no?”.

Esta preocupación por la imagen pública no puede entenderse fuera del avance del gerencialismo dentro de la institución policial (Brandariz, 2016). Pese a que los mecanismos de evaluación y rendición de cuentas aún fueran una quimera en relación a países como Reino Unido, la focalización de la política electoral y de la presión mediática sobre la seguridad ciudadana en la década de los 2000 se tradujo en el posterior sometimiento a estrés a los agentes en aras de lucir estadísticas favorables, tal y como declaraba a los medios un portavoz del Sindicato Unificado de Policía en 2012: “También hay mucho estrés porque en Madrid las estadísticas pesan mucho. En cuanto suben las denuncias, se reciben presiones por todos los lados y al final eso llega a policía” (Barroso, 2012). En la misma línea, un jefe de

⁸ Las Brigadas Vecinales fue un colectivo emergido entre los movimientos sociales de la ciudad para documentar y denunciar las masivas prácticas de identificación policial por perfil racial. Vistiendo un chaleco naranja, estos grupos buscaron hacer visible lo que se ocultaba desde el Ministerio del Interior y establecieron multitud de interacciones con los agentes a modo de interpelación directa (Brigadas Vecinales de Observación de Derechos Humanos, 2015).

distrito de Policía Municipal en cuyo territorio se estaba jugando una batalla cultural en torno a la inseguridad entre oposición política, medios de comunicación y gobierno de izquierdas, se apuró en aclarar al comienzo de la entrevista que “en Tetuán no hay un problema de inseguridad, sino de convivencia”. De este modo se quitaba presión de encima.

Esta presión a la que se les somete se sobredimensiona cuando su trabajo se realiza sin el acompañamiento de los políticos y otras instituciones, lo cual “desmotiva”:

Un after hour, que te vienen a las seis de la mañana y están hasta las doce del mediodía. Y bum, bum, bum... Y tú llegas, te llaman: Oye, mira, no podemos, tenemos niños, tenemos tal. Los de la tienda: Es que se ponen aquí a mear y me tienen todo el barrio descojonado (...) Bueno, y tú llegas y cuando llegas resulta que intervienes, intervienes bien [golpea el puño en la mesa], haces los pasos, les cierras el local. De repente vuelven a abrirlo otra vez [golpea de nuevo la mesa] y vuelves a intervenir. Y de repente, vuelven a abrirlo otra vez y vuelves a intervenir y que la Administración no tenga en ese momento ese poder que tienes tú para hacer las cosas cuando ocurre algo, eso es lo que desmotiva. (Jefe de Policía Municipal en el distrito de Tetuán, enero de 2020).

Su autoridad se ve comprometida si no cuentan con la Administración en sus “intervenciones” –vocalo que se acompañaba de puñetazos en la mesa, simbolizando con ello la idea de contundencia. En su descripción, es como si la Policía tuviera mayor poder ejecutor que el resto de las instancias administrativas, pero eso les expusiera en mayor medida. Por contraste, la presión se atenúa cuando los vecinos que acuden a los consejos de seguridad distritales se muestran comprensivos su trabajo:

El vecino de la asociación vecinal habla de bares de los que están hartos: “Aquí hay un tema policial, tiene que haber más policías en Villaverde y en Madrid. Por otro lado, es un problema político: en la Plaza de [nombre], es un problema de intervención social, pero no se actúa”. El policía le contesta mostrando con el gesto su impotencia: “Efectivamente es un problema de intervención social”. El vecino insiste: “Si la policía hace su trabajo, entonces el problema es político (...) ¿Qué hacemos?”. El policía responde: “Seguir denunciando”. (Cuaderno de campo, observación participante en consejo de seguridad en un distrito periférico de Madrid, abril de 2018).

Un tercer tipo de situaciones de presión tiene que ver con la afectación por el sufrimiento de los otros. Gutiérrez miraba de reojo a la grabadora mientras se emocionaba al recordar uno de los momentos más “duros” de su trabajo, dar noticias de fallecimientos a familiares. Marcelo se felicitaba por no tener que soportar toda esa intensidad emocional:

Yo, si soy policía, no soy un experto trabajador social, y eso te lo comes tú, o sea, de puta madre, cuando yo tenía uno de menores, yo

llamaba a los agentes tutores y te lo comes tú (...) Vosotros os quedáis, que sois los que sabéis de esto. Yo me piro (...) Y cuanto más rápido mejor, porque como te quedas ahí más rato, te van a empezar a contar unas cosas muy trágicas, y oye, que yo soy policía y nada más. Los propios abogados en los juicios te dicen, ¡os coméis unos marrones! (...) Eso tiene que ser otro experto. (Marcelo, policía municipal, 2022).

Marcelo asumía que su trabajo era el de la urgencia, no el del soporte emocional, pero lamentaba que “a las 10 de la noche ya no hay ni el tato en el ayuntamiento”, por lo que agradecería una extensión del horario de los servicios sociales para liberarles de la complejidad: “como policía te lo agradecería: yo me llevo al malo y tú te ocupas de la familia”. Esa complejidad tiene que ver con situaciones irresolubles con los recursos que cuentan, pero sobre todo con la crudeza social que enfrentan junto con los trabajadores de lo socioeducativo. Unos agentes tutores de un distrito de Madrid afirmaban que son pocos los que quieren puestos como el suyo, ya que se ven situaciones “muy duras”. La situación de crisis más temida para ellos es una intervención de urgencia, cuando les llaman de la Comisión de Tutela del Menor para que retiren a “un menor” de su familia junto con el Samur Social [servicio social de emergencia]. Una agente tutora afirmaba que lo que sienten en esas intervenciones es: “pues que la vida es una mierda. Es que son cosas que te llegan al corazón”. Su compañero confesaba: “Hay veces que te echas a llorar, yo conozco tíos que se han puesto a llorar... Imagínate que te llega una niña de cuatro años y te pide que la saques de ahí... O que ves a un niño de siete haciendo el desayuno y cuidando a su hermana pequeña... Eso no es normal”.

El sufrimiento con el que empatizan tiene que ver con una visión de la realidad orientada por los esquemas de una razón humanitaria compasiva (Fassin, 2017b). Ensamblada a la propia razón policial, mediante esta razón humanitaria juzgan como injustas las situaciones en las que un “malo” daña a una víctima ejemplar –mujeres, niños, discapacitados o ancianos moralmente irreprochables.

2.3. Situaciones de juicio crítico

Un último tipo de situaciones que vulnerabilizan a los policías tiene que ver con las resistencias y las críticas inesperadas que reciben de otros sujetos legitimados –no encuadrables bajo la categoría “malos”–, especialmente otros profesionales y el público. En cuanto a las críticas procedentes de algunos profesionales con los que comparten espacios de intervención, como los del trabajo social, son interpretadas como fruto de la rivalidad –“nos ven como un enemigo, pero no os vamos a comer vuestro terreno”– por parte de algunos agentes tutores y policías mediadores:

O como una mujer, que era extoxicómana y me la encuentro un día en un portal dando de mamar a un bebé de 15 días con una litrona en la mano. Me llevo al bebé, y encima me dicen los de Servicios Sociales que les he jodido el trabajo que estaban haciendo con ella! ¿Pero

joder el qué? ¿Querían que dejara al crío ahí en el portal, al lado de la litrona? (Entrevista con agentes tutores de un distrito de Madrid, octubre de 2012).

Por más que la Policía intenta acercarse a los Servicios Sociales, algunas profesionales de esta institución serían recelosas de colocar su trabajo “social” bajo lógicas de control. Un responsable del servicio de mediación policial reproducía un diálogo con una trabajadora social y expresaba su enfado por su falta de cooperación:

Te pongo un ejemplo. Pedimos un expediente, un menor en tratamiento psicológico. La trabajadora social dice que esto es un expediente, la información es reservada, puede afectar al tratamiento que estamos siguiendo con la menor. “Ya, pero sabes que esto viene de una violación”. “¿Me dices tu nombre?”, “¿Para qué?”, “Porque se lo voy a decir al juez, que no me das información porque puede perjudicar a su tratamiento psicológico”. ¿Qué es lo prioritario, el tratamiento psicológico o que el juez pueda imputar a alguien por un delito de violación que se puede repetir? (...) Puede que la seguridad esté por debajo que el tratamiento psicológico, o no, ¿pero tan difícil es que colaboremos? (Entrevista con Joaquín, policía municipal, enero de 2018).

El otro tipo de críticas y resistencias que generan incomodidad entre los policías procede de la ciudadanía. A pesar de que según los barómetros del Centro de Investigaciones Sociológicas la institución policial cuenta con un enorme apoyo popular, algunos agentes sienten una inseguridad endémica ante el juicio de “la gente” –a la que protegen de “los malos”–: “es que la gente no sé por qué nos ve mal: somos humanos... Mira, los dos son padres [señalando a sus dos compañeros], lo único es que nosotros sabemos lo que hay, nada más”. Ellos “saben lo que hay”, un panorama de delincuencia y violencia impune que forma parte de la *historia profunda* (Hochschild, 2018) que describiré más abajo, pero la gente no lo sabría, o no lo querría saber, de ahí que sus críticas sean injustas.

Las críticas ciudadanas son polifacéticas, en ningún caso pueden leerse como homogéneas. Por un lado, algunos ciudadanos se quejan de que “la Policía no hace nada” sobre algunos problemas que están denunciando. Elena, una mujer de origen rumano, sugería que en Madrid la Policía es “no digo tonta”, “es muy buena”, “como si te acaricia [gesticulando con su mano una caricia en su rostro]”. En lugar de “acariciar”, la policía debería mostrar “más autoridad”, ser “más dura”, para obtener “un poco de respeto y miedo”. Se trata de una crítica que, más que cuestionar, apostaría por reforzar el poder de la institución policial.

Los policías sienten que pierden capital simbólico –nombrado como “autoridad”– con su ineficacia en ciertos problemas de convivencia, aquellos en los que precisamente la institución busca ganarse la legitimación vecinal (Ávila y García García, 2020). El riesgo que supone no ser resolutivos, síntoma de lo cual es que en las reuniones con las asociaciones vecinales éstas se quejan de que las cosas “siguen

igual”, era la máxima preocupación de un jefe de distrito de Policía Municipal. El jefe de otro distrito mantenía este diálogo como culminación de una reunión en la que se podía sentir la buena sintonía con las asociaciones vecinales, pero también cierto cansancio y decepción:

- Vecina: Me encanta esta reunión. Nos desahogamos, hacemos terapia, pero luego volvemos a los 6 meses y son los mismos problemas.
- Policía: Mira, yo no me quiero quedar con la idea de que no solucionamos vuestros problemas porque entonces dejo la Policía y me voy a mi casa.

Lo que ponen en entredicho estas críticas es la sagrada “eficacia policial”, un constructo que diferenciaría a esta institución mediante intervenciones rápidas y visibles con efectos de orden –detención o multa al malhechor y atención a la víctima–, a pesar de que en términos de etiología social y reparación pueda ser puesta en duda dicha eficacia. Pero un segundo tipo de críticas ya no se centraría en valores técnicos de eficacia, sino en criterios políticos de legitimidad. Muchos agentes sienten insuficiente el apoyo a la Policía, interpretándolo como “un problema de cultura del país: en otros países hay una cultura de ayudar más a la Policía, pero aquí eso se ve negativo, hay mucho miedo a trabajar con la Policía”.

La presencia de las citadas Brigadas Vecinales observando su trabajo –“vigilando a los vigilantes” era su lema– significaba para los agentes una dolorosa ignorancia de lo que ellos “saben que hay” –“en este país hay terrorismo”– y una falta de solidaridad con su vulnerabilidad –“vosotros empatizáis con el débil, pero no empatizáis con nosotros. Nosotros nos jugamos el tipo, estamos desprotegidos”. El cuestionamiento de los activistas, no ya del monopolio de la violencia, sino del monopolio del saber sobre la propia violencia, molesta especialmente a muchos agentes. En una de las situaciones de “brigada vecinal” en el metro de Cuatro Caminos, los agentes procedieron a identificar a los brigadistas acusándoles de estar siguiéndoles y “marcando” su trabajo de “persecución de carteristas” –lo que para los activistas era una forma de “disfrazar los controles” a personas racializadas y en busca de personas “sin papeles”. En la conversación tensa que se produjo entre cuatro brigadistas y cuatro policías nacionales, uno de ellos tenía que ser corregido por un compañero (“¡Cállate!”) al enunciar frases como: “Ah, sí, claro, esos derechos humanos de los rojos y esas cosas...”. Otro de los agentes colocaba en una posición de privilegio a los activistas desde la cual no serían comprensivos con su trabajo: “seguramente a ustedes no les han robado la cartera nunca, por eso actúan así”. En un momento dado, el agente más correcto señaló que, “como habrán observado, no hemos identificado a nadie”, pero al responder los brigadistas que acababan de presenciar una identificación realizada a dos mujeres de origen latinoamericano mientras estaban hablando, el policía más locuaz respondió: “pues sí, a veces nos basamos en rasgos físicos”. Su compañero no tuvo más remedio que corregirle, aunque de un modo poco convincente para los activistas: “pues seguramente eran sospechosas, los policías tenemos nuestros criterios para determinar quiénes son sospechosos”. El

saber policial que orienta esos criterios que el público ignora acabó resultando inconfesable, prueba de la noción de juicio crítico, injusto, al que estaban siendo sometidos.

3. Las estrategias policiales ante la vulnerabilidad

El sufrimiento que es fruto de la tensión, la presión y los juicios críticos remiten a una *miseria de posición* de los policías, “la experiencia dolorosa que pueden tener del mundo social aquellos que, como el contrabajista dentro de la orquesta, ocupan una posición inferior y oscura en el seno de un universo prestigioso y privilegiado” (Bourdieu, 1999: 10). Ese universo privilegiado –determinados políticos, profesionales, periodistas, activistas o ciudadanos– no conocería ni reconocería el punto de vista del microcosmos policial, solo prestaría atención a la gran miseria, la *miseria de condición* de los perdedores del macrocosmos social. Pero los policías no se quedan quietos ante la incompreensión, también llevan a cabo determinados movimientos conducentes a aminorar su miseria y su malestar social.

3.1. Espíritu de Cuerpo

El primero de estos movimientos conduce a reforzar el espíritu de Cuerpo. Las instituciones policiales, por sus vínculos con las militares, consagran buena parte de sus esfuerzos a formar en la fidelidad a cambio de una carrera moral basada en el reconocimiento del valor, el sacrificio y el honor. Sin embargo, según arrecian las críticas al poder policial, ese espíritu de Cuerpo, ensamblado ahora a sindicatos y organizaciones policiales de nuevo cuño, se está haciendo militante, produciendo un orgullo policial en torno a algunas guerras culturales planteadas desde la extrema derecha.

3.1.1. Heroísmo y comunidad policial

La incertidumbre de “por dónde te va a salir” el criminal era mencionada por Gutiérrez en la confesión de sus temores, quien aseveraba haberle “explotado bombas” y haber “asistido al entierro de compañeros” para transmitir la verosimilitud de su sentimiento. El sufrimiento experimentado a través de este miedo específicamente policial y la memoria de los “caídos en acto de servicio” como símbolos, constituyen la principal materia prima del culto al héroe, el que según sugiere Diego Galeano (2011) para la Policía argentina profesarían los jefes como promesa de reconocimiento y trascendencia en sus estrategias motivacionales. El mito del héroe viene a apuntalar el carácter de sacrificio por los demás, evocando para ello las acciones policiales más extremas e infrecuentes –“bombas”, “terrorismo”, “atracos a un banco”.

El relato heroico de Gutiérrez se aderezaba con la soledad que sienten los agentes cuando la institución les abandona en las situaciones más duras – “que te tengas que enterar [de la muerte de un compañero] por los medios de comunicación, y no porque te lo diga tu jefe”. Pero al mismo tiempo, en

el relato heroico se construye la identidad colectiva, el Cuerpo, mediante las relaciones de ayuda entre compañeros.

Una parte de la formación de los agentes se basa precisamente en producir relaciones de solidaridad. El espíritu de cuerpo se forja de manera especial en las unidades de élite, destinadas a las situaciones de mayor riesgo físico, mediante rituales de iniciación. En la serie documental *G.E.O. Más allá del límite* (2021)⁹, que detalla el proceso de formación y selección para acceder a esta unidad, se reflejan los primeros momentos de la formación, los cuales no se refieren a situaciones de combate sino a condiciones físicas extremas –sueño, hambre, posturas, bañarse desnudos en una fría noche de invierno en el Alto Tajo... Tras la incautación de todos sus bienes personales y su renombración en números –“igual que los presos”, menciona uno de los responsables de la formación–, la inducción a que experimenten sensaciones corporales intensamente desagradables (calambres, hipotermia) está destinada a que se sientan “abandonados”, a hacer sufrir el miedo y el desamparo que van a vivir en una operación de alto riesgo. Reciben el mensaje constante de que la situación va a ir a peor –volver a entrar al agua cuando hayan recuperado algo de calor corporal–, esperando con ello minar la fuerza psicológica de aquellos que no están preparados –“en estas situaciones aparece el verdadero yo”, dice el formador– y que renuncien voluntariamente. El ritual prosigue con esa nueva inmersión en el Tajo, pero aparece una diferencia respecto de la primera: aquí los cuerpos se juntan, se agrupan, se proporcionan calor mutuamente. Mediante este juego cooperativo extremo sienten miedo cuando actúan individualmente, pero renacen y recobran fuerza cuando descubren el “calor” de los cuerpos de los compañeros. Ha nacido el sentimiento de Cuerpo, eso que se espera que funcione en las situaciones físicas y psicológicas más difíciles en las que “la vida del compañero depende de ti y tu vida depende del compañero”. Reinventan, así, su identidad como la del que pertenece a una entidad colectiva superior a su individualidad y de la que depende en última instancia la propia existencia.

La mayor parte de los policías no experimentan pruebas ni mucho menos tan duras, pero el ritual espectacularizado descrito en la serie resuena con algunas vivencias, si no de la formación, al menos sí de sus primeros pasos en las calles. En ellas, las relaciones significativas que se crean con los iguales y con los encargados de guiar la incorporación al Cuerpo remiten a una *communitas* policial (Turner, 1980). Aunque la institución puede facilitar las condiciones para que ocurra, el sentimiento de pertenencia comunitaria solo funciona cuando cobra forma por abajo. Marcelo trasladaba que esa comunidad en la que uno aprende a ser policía no es tanto la institución –con sus jerarquías formales–, sino las relaciones entre compañeros: “aprendes de los compañeros, pues la formación es una mierda, una clase de derecho penal muy teórica. Los compañeros te van guiando”. Como prueba de este “compañerismo”, Marcelo era elocuente representando con sus

⁹ El conocimiento de la existencia de la serie y algunas reflexiones sobre la misma surgen de una conversación con Daniel Parajuá, Adela Franzé y Débora Ávila.

palabras y su cuerpo que en las situaciones tensas podía contar con otros patrulleros:

La gente quiere currar, tú llamas por la emisora, “necesito colaboración en...”, y hace la banda, pa’lá [palmada]. Porque la gente curra, la gente tiene ganas y hay buen ambiente (...) A ver, hay una emisora centralizada, yo le digo a Vector 0, que es la emisora, Clave 50 o Clave 100, que es la emergencia máxima, imagínate, algo muy peliculero, “agente herido”. Ahí ya tienes a todo el mundo con las orejas así [se abre las orejas con las manos]. Ahora mismo tú tienes que decir “necesito aquí” y está todo el mundo (...) Un turno que la gente funcione bien, puff, tienes lo que necesites (...) Venía la gente hasta de otros distritos. (Marcelo, policía municipal, 2022).

Partícipe de este espíritu de Cuerpo propio de las profesiones que implican riesgos físicos, Gutiérrez entendía que su autoridad como jefe y la lealtad de los subordinados se jugaba en la generosidad del superior, y no en su autoridad formal: la sensación de “dar la cara en la calle” de los de abajo se tenía que ver recompensada por un “dar la cara ante los de arriba” por parte de los jefes. La actuación performativa de la generosidad, como modelo para la acción (Geertz, 2003), lograría contagiar a los policías el espíritu generoso necesario para “salvar vidas”, sacrificando, en ocasiones, la propia.

La extensión del género heroico policial a través de películas, series de ficción, *reality shows*, notas de prensa, redes sociales o incluso literatura hecha por policías, ha cambiado la imagen burlesca y hostil predominante en el pasado –“pitufos”, “maderos”...– por la de aquellos que “viven los 20 peores minutos de las vidas de otros”¹⁰ mientras “la ciudad duerme”. Todo ocurre como si el *itinerario emocional* del héroe, conectado con un itinerario corporal (Esteban, 2004), llevase al individuo a diluirse en la comunidad del Cuerpo, para después parir un nuevo individuo dispuesto a salvar vidas.

La asociación Amigos del Cuerpo Nacional de Policía Santos Ángeles Custodios presenta en la portada de su web una serie de noticias, la mayoría de las cuales lleva las palabras “policía” y “salva” para referirse a gestas de agentes nacionales, de servicio o no, que consiguen conservar la vida de víctimas ejemplares –“un bebé de un mes”, “un anciano desorientado”, “un ucraniano a punto de arrojarse al vacío” (Santos Ángeles Custodios de España, s/f). Es interesante hacer notar cómo el tipo de situaciones salvadoras no tienen que ver con el crimen, y por tanto podrían ser producidas por otro tipo de profesionales que no cuentan con tal consideración social heroica: bomberos, sanitarios.... A modo de performance moral, El Ángel Custodio, patrón del Cuerpo Nacional de Policía, establece una analogía entre el policía y un ser sobrenatural que salvaguarda el orden en la tierra (Anta, 2020).

3.1.2. *Don’t fuck the police: crear orgullo policial*

La producción de nuevas emociones dignificantes a partir de sensaciones de vulnerabilidad se realiza también mediante otras estrategias comunicativas que ya no destacan el ángel que vive dentro de cada policía, sino el español enfadado que ve cómo se derrumba su mundo. El libro superventas *Don’t fuck the police*, escrito por los policías Samuel Vázquez y Josema Vallejo, nos advierte de que:

El desdén político tiene consecuencias. El barrio en el que creciste ya no será el barrio de tus hijos. Debemos entender que no hay escenarios intermedios entre el orden y el caos. El orden nunca es perfecto, el mal existe y los criminales también, pero dentro del orden las posibilidades de victimización son más escasas. Una vez superada la delgada línea azul, solo hay caos. Las bandas criminales establecen territorios que son la antesala de las zonas *no-go*, escupiéndonos a la cara una realidad: la libertad tal y como la conocimos ya no existe, es una quimera (Vázquez y Vallejo, 2022: 14).

El relato guarda la misma estructura narrativa y evoca parecidos pánicos morales que el mensaje de “ley y orden” que se impuso en la década de 1970 en Reino Unido o Estados Unidos (Hall, Critcher, Jefferson, *et al.*, 2013), y que se tradujo en España como discurso nostálgico del orden disciplinario previo a la Transición (García García, 2012). Cinco décadas después, el concepto de pánico moral sigue siendo fértil para dar cuenta del uso del victimismo y de la hipérbole en los discursos corporativistas policiales. La “fragilidad” de los policías es, para los sindicatos corporativos y algunas fuerzas políticas de derechas de distintas geografías, la reacción al abolicionismo policial que emergió con fuerza en Estados Unidos tras la muerte de George Floyd en 2020: invirtiendo el lema “*Black Lives Matter*”, la proclama “*Blue Lives Matter*” sitúa a los agentes en un espacio de vulnerabilidad respecto del crimen y las fuerzas ideológicas (Alves, 2021). En España, un aspecto novedoso de este discurso es la dimensión cultural que ha tomado –de marginal ha pasado a la visibilidad–, el repertorio comunicativo para llevarlo a cabo –libros, lonas en edificios del centro de Madrid, camisetas– y el tipo de enemigos que se señalan –los que portan lemas como *Fuck the Police*, *All Cops Are Bastards* o *Defund the Police*. El mayor mérito de la obra reside en explicitar la *historia profunda* (Hochschild, 2018) que comparten muchos policías, una verdad prácticamente inquebrantable que puede deducirse de sus discursos y que les hace sentir *extraños en su tierra* de una manera específicamente policial. Dicha historia podría sintetizarse en el siguiente enunciado: *España ha dejado de ser segura porque ha venido gente extranjera con culturas violentas y ni los políticos ni los jueces están ayudándoles a combatirlos, obviando su saber sobre el tema. Mientras, los delincuentes se ven reforzados por unos movimientos buenistas de izquierdas que,*

¹⁰ La frase ha sido extraída de un artículo escrito por un policía local anónimo de Ayamonte (diariodehuelva, 2017). Aunque se trate de un contexto local diferente del estudiado, su imaginario heroico resuena en las policías de otros lugares.

además, estarían cuestionando gravemente su autoridad como policías.

La honorabilidad de los policías se vulnera cuando en las manifestaciones se grita “vergüenza me daría ser policía” o cuando las iniciativas activistas cuestionan su importante papel social. Centenares de ellos expresaron en junio de 2023 una enorme indignación ante lo que interpretaban que buscaba una de estas iniciativas –sustituir a los policías en todo tipo de conflictos violentos, como “asesinatos” o “violaciones”–¹¹ e incidía de nuevo en “la verdad” de las calles que solo les habría sido revelada a los policías, a diferencia de unos activistas que vivirían en “los mundos de Yupi” (“perroflautas”) o en una burbuja social (“pijos”). Aunque algunos *tweets* policiales insistían con seriedad en la necesidad de Policía en nuestra sociedad con argumentos de autoridad (“la historia”, “la civilización”), la mayor parte de las respuestas entraban dentro de lo que en el argot de las redes se denomina *hater*, esto es, mensajes en un tono hostil que se referían a la hipocresía de los activistas (“cuando os roben nos llamaréis”), su inferioridad intelectual (“subnormales”, “tontos”), se burlaba de su aspecto físico o de sus creencias en “superhéroes” (“llamad a Batman”) o señalaba que estaban bajo los efectos de la droga (“esta gente... ¿Qué tipo de sustancias consume?”). Esta reacción de centenares de policías nos informa de la activación a través de los chats de *WhatsApp* de “compañeros” de un sentimiento de hostilidad hacia un enemigo que osa cuestionar su papel social, un odio específicamente policial en el que predomina lo burlesco y al que resultaría más fácil dar rienda suelta en interacciones digitales, lejos del cara a cara y fuera de servicio.

El orgullo policial se expresa desde hace unos años en las calles a través de manifestaciones de decenas de miles de policías por reivindicaciones salariales y contra cualquier intento de modificar la Ley de Seguridad Ciudadana de 2015, que les otorga una amplia discrecionalidad, o incluso de un “escra-che” intimidatorio contra el concejal de seguridad de Madrid en 2016, conjurando en estos encuentros colectivos el deshonor al que les someterían las reformas que les restan facultades. El movimiento muestra afinidades y ha sido espoleado por el partido ultraderechista Vox, el cual utiliza algunas de las estrategias de movilización emocional del Partido Republicano en Estados Unidos (Hochschild, 2018), que incluyen el apoyo incondicional a “nuestros policías”. Dibujando un sujeto víctima de ataques, discriminaciones ideológicas y desprotección legal, estos rituales en el espacio público virtual y urbano producen un efecto de comunidad a través de la efervescencia de la respuesta colectiva, pero sobre todo de

la liberación de la incorrección política de sus categorías de visión.

A través de una prolífica creación de símbolos –banderas de España modificadas, escudos, animales totémicos– y códigos lingüísticos informales (“talibanes”), se desatan de la corrección simbólica de su condición funcional y encuentran complicidades entre compañeros. Así es como los organizadores de una charla sobre cambio climático en Carabanchel en julio de 2023 se sorprendieron al ver en el uniforme de uno de los policías que acudió a disolver el evento un parche en el que versaba: “Mateo 7: 7. Pedid y se os dará”. Rodeada por una bandera de España, figuraba la imagen de un antidisturbios levantando su porra para golpear violentamente a un cuerpo en el suelo, que no aparece en imagen. Este tipo de códigos secretos se hace eco de fenómenos como el de *Punisher* en Estados Unidos, un personaje de comic que para poner orden no duda en utilizar métodos extralegales y violentos, y que se ha convertido en el símbolo que lucen en sus coches patrulla muchos agentes (Steinmetz, 2023).

3.2. Transformaciones emocionales

Didier Fassin (2018) comprobó en su etnografía con las BAC francesas cómo hay muchas más muertes por suicidio que por actos de servicio: los chicos de provincias con vidas aburridas, aterrizados cual extraterrestres en las *banlieues*, llevarían a cabo un trabajo tedioso, muy diferente del trabajo policial de acción hollywoodiense al que imaginaban que accedían. Tanto la agresividad proactiva en su trabajo –que agita la acción de la que sienten que carecen sus rutinas– como los suicidios, serían consecuencia de esa decepción con su rutina.

Para evitar estos excesos en forma de agresividad o de suicidio, en distintos países se está abriendo paso en la formación policial una especie de *trabajo emocional* (Hochschild, 2008)¹². Algunos programas en el Cuerpo Nacional de Policía van en la dirección de promover técnicas de la psicología positiva y deportiva para mejorar la resiliencia y evitar a los agentes sucumbir ante provocaciones o situaciones emocionales tensas. A su vez, la elevada tasa de suicidios entre policías en España –en 2021 se quitaron la vida 15 agentes del Cuerpo Nacional de Policía, mientras que en cuatro años no había perdido la vida ninguno de los 64 mil efectivos actuando de servicio–, ha conducido a crear una unidad especial formada por siete psicólogos que atienden llamadas telefónicas de los agentes¹³. Como datos significativos, “el 80% de los agentes utiliza el arma reglamentaria” y “la gran mayoría suele hacerlo en dependencias policiales” (Recio y Suárez, 2022), lo cual vincula simbólicamente en algún sentido su malestar con su identidad profesional.

¹¹ Proyecto SinPoli, una investigación colectiva que nace en 2023 para conocer y explorar formas de abordaje de conflictos sin policía.

¹² Algunas innovaciones relevantes en la gestión policial, encuadradas dentro de un giro preventivo (Sozzo, 2001; Crawford, 2009; García García, Fernández Bessa y Mendiola, 2020), aluden a la prevención de la violencia policial por vía de una suerte de *emocionalización* del trabajo (Illouz, 2007). Dado que el trabajo policial generaría tensiones, dificultaría la conciliación familiar y provocaría problemas de salud mental, algunos informes expertos en Reino Unido y Estados Unidos apuntan a la necesidad de cuidado de los policías para prevenir escaladas violentas y para facilitar un trato más respetuoso con los ciudadanos (Medina, 2022).

¹³ Al parecer, la gota que colma el vaso y detona los cuadros de ansiedad que derivan en suicidio, suele tener que ver con “una ruptura sentimental traumática” que desestructura sus vidas, pero también con actuaciones en las que han tenido que disparar su arma, llegando a matar a alguien (Recio y Suárez, 2022).

En la Policía Municipal de Madrid también se han realizado en la última década distintas intervenciones encaminadas a "prevenir y detectar las alteraciones psicológicas" de los funcionarios, dada la "presión insostenible" que, según algunos sindicatos, sufrirían los agentes (Ballesteros, 2013), o a detectar mediante evaluaciones psicosociales a aquellos "perfiles autoritarios", más propensos a producir situaciones de odio y violencia (Pérez Mendoza, 2017). Finalmente, algunas propuestas apuntan a los procesos de selección y de formación, los cuales deberían prestar más atención a la "inteligencia emocional" o las "habilidades sociales" para "pasar de la mentalidad de guerrero a la mentalidad del agente como guardián" (Medina, 2022).

Estas iniciativas reformistas ponen en cuestión la doxa masculinista de la actividad policial, basada en proezas físicas y control emocional frente al peligro (Martin, 1999; Chan, 2012). Y lo hacen en un doble sentido. Por un lado, tienden a enfatizar el *capital emocional* (Illouz, 2007) en detrimento del capital físico y, por otro, ponen el acento sobre habilidades comunicativas tradicionalmente asociadas a la feminidad. No obstante, como se ha apuntado desde los estudios feministas, un cambio en las formas que adopta la nueva masculinidad no implica necesariamente una reestructuración de las relaciones patriarcales (De Miguel, 2011). Desde esta perspectiva, la *emocionalización* de la Policía en forma de "proximidad vecinal", "tolerancia con la diversidad" o "habilidades sociales", sería sinónimo de refuerzo de las lógicas patriarcales de control. Sin embargo, me interesa detenerme en algunos efectos ambivalentes de este trabajo emocional nacido de los sentimientos de vulnerabilidad que, sin dejar de resultar funcionales a la institución, abren la posibilidad a actitudes y roles que complejizan la propia experiencia policial.

3.2.1. Atractivo por las metodologías blandas

Durante el confinamiento a consecuencia de la COVID-19, las instituciones policiales y militares se mostraron especialmente activas en la producción de notas informativas sobre tareas humanitarias –llevar la compra a ancianas, cantar el cumpleaños feliz bajo un balcón...– en toda la geografía española. La misma búsqueda de legitimidad institucional era una prioridad para un mando de Policía Municipal durante el gobierno progresista de la alcaldesa Manuela Carmena (2015-2019), a quien le preocupaba que la Policía fuese conocida por mucha gente solo como la que "detiene" y "desahucia". Su empeño era que "la gente nos vea de otra manera", acabar de una vez por todas con la expresión de "la mamá que le dice al niño: ¡cállate, que está el policía ahí y te lleva!". Al igual que en el movimiento encaminado a construir el orgullo policial, desde esta posición se busca dejar de ocultarse, de sentir miedo y vergüenza por ser policía –"que vean en tu buzón la revista *Policía*"–, pero a diferencia de las estrategias anteriores, que buscan diferenciarse de la población desde la heroicidad y el orgullo, para este agente se trataba de "demostrar que somos gente normal", "cercana al ciudadano".

Las estrategias para resignificar a la Policía en una institución "cercana" pasan muchas veces por la

feminización de las formas comunicativas. Además de favorecer la entrada de mujeres en los cuerpos de Policía o de colocar a mujeres en las portavocías de prensa, quienes apuestan por reformar la Policía en el sentido de aproximarla a la ciudadanía insisten en la necesidad de rebajar los roles y habilidades asociados a una masculinidad tradicional y esculpir a los nuevos policías en las habilidades comunicativas que van a necesitar en el trato con el público, lo cual conllevaría ejercitar la empatía o un trato respetuoso. Para Alejandro, responsable de varias innovaciones en la Policía Municipal entre 2015 y 2019, el policía debería tener un rol pacificador, no guerrero –que genera más conflictos "aunque cumpla la Ley y resuelva el incidente". Comprender la diversidad cultural –entender "otras culturas", señaló– y concebir a la Policía más como un "servicio policial" que como una "fuerza y cuerpo de seguridad" –"un argot un poco más belicista"–, modificaría desde el lenguaje la imagen ciudadana de la institución. El viaje desde el polo militar del trabajo policial al polo del trabajo social, tal y como lo expresó uno de los responsables políticos en seguridad bajo el mismo gobierno progresista, se traduciría para un responsable de la escala técnica, volcado en la implantación de la policía comunitaria, en la cooperación con los líderes de "la comunidad dominicana" en la lucha contra "las bandas", por ejemplo.

Los estudios de Trabajo Social están funcionando para algunos policías como vía para la recualificación profesional de acuerdo con estos parámetros de cercanía y apertura. En el ámbito de la formación en dicha disciplina me he encontrado con estudiantes policías, e incluso con un guardia civil que abandonó "arrepentido" el Centro Nacional de Inteligencia y ahora se dedica a la mediación comunitaria. Miguel, un agente local de un municipio a las afueras de Madrid, valoraba enormemente las formaciones en "prevención" que había recibido –refería que les enseñaban contenidos de la Escuela de Chicago o la teoría de las ventanas rotas–, pero de lo que se sentía más orgulloso, pues parecía haberlo incorporado a su propio trabajo, era de la formación en "habilidades sociales" que aprendía en Trabajo Social y otras formaciones. Veía fundamental que los policías ya no resultasen "brutos", sino que desplegasen buenas maneras en el trato con la gente.

Pareciera que el exceso de capital físico y defecto de capital cultural detrás de buena parte de las situaciones de vulnerabilidad recopiladas en este artículo se estuviera tratando de compensar con *capital emocional* (Illouz, 2007). Así, Miguel refería cómo la compañera que llevaba la unidad de violencia de género en su municipio era psicóloga, y cómo gracias a su cualificación ya no había tantos compañeros que hacían "como antes, que llegaba una mujer maltratada y la decían: ¡eso no es nada, mujer!". Ahora habría "sensibilidad" en la comisaría, gracias a la cual se trabajaría "mucho mejor" en términos de eficacia, sin escalar la tensión en las intervenciones: "en lugar de empezar aquí [señalando con la mano un nivel a la altura de su cabeza], empiezo aquí [bajando la mano por debajo del pecho]". Así mismo, en las intervenciones con víctimas de violencia de género, al contrario que los guardias civiles de su pueblo ("¿Pero quiere denunciar, señora? [enunciado en tono despectivo]"), había aprendido a sentarse a

hablar con ellas, en un tono suave de voz y tratando de “no juzgar” –como si repitiese el catálogo de habilidades comunicativas aprendidas en alguna clase de Trabajo Social. Esas habilidades sociales, sugería, conseguían “romper los esquemas”:

Yo por ejemplo veo a un chaval por la calle que está..., y le digo: Hola, ¿qué tal? O bajo la ventanilla del coche, mis compañeros se ríen de lo que hago, pero, por ejemplo, veo que está mal aparcado, bajo la ventanilla y le digo: ¿Qué tal? Y sin necesidad de decir: ¡Váyase, está prohibido! [pone tono rudo]. Y se van. (Conversación con Miguel, agente local y estudiante de Trabajo Social, 2014).

Parece que este policía sufrió una crisis de identificación con su trabajo que trató de solucionar con ese rol sensible y cercano. La formación de los policías, afirmaba, debía basarse menos en prácticas de tiro y más en habilidades sociales, pues la mayor parte de su trabajo es relacional.

No parece una excepción. Un responsable político de la Policía Municipal durante el gobierno progresista de Ahora Madrid (2015-2019) afirmaba que “hay policías que no quieren ser policías, sino trabajadores sociales, y en cuanto aprueban, a codazos se meten para hacer de educadores”. El trasvase de saberes, de sensibilidades y, ahora también, de personal, entre Policía y Trabajo social, pese a que se produce en un contexto institucional que promueve las relaciones de control y punitivas con los sectores empobrecidos y excluidos, produce sentimientos ambiguos entre algunos policías que sienten –que juzgan– que la mera mano dura es ineficaz. Es más, cuando se profundiza en la formación más allá de las técnicas corporales instrumentales para la comunicación, la mano dura puede empezar a verse, además de ineficaz, como injusta.

3.2.2. Fascinación por la academia y reflexividad

Las instituciones policiales nacen en el siglo XIX ya con una obsesión por la modernización a través de metodologías y tecnologías “científicas”, lo cual puede leerse como una huida del carácter popular de los agentes que forman el Cuerpo (Galeano, 2011). Los policías suelen representarse como carentes de “estudios” e incluso algunos interpretarían cualquier formación como una amenaza a su identidad antagónica de policías rasos –“hay algunos que no quieren formarse porque creen que eso sólo beneficia a los jefes”, mencionaba Miguel. Para la mayoría, la formación tiene un carácter instrumental: hacer un curso dentro de la jornada laboral propicia la salida de la rutina y es una forma de hacer méritos para los ascensos que acompañan a la madurez profesional.

Pero desde otras posiciones discursivas, la formación, especialmente la que conecta con saberes no policiales, abre una cierta disposición a interrogar el propio trabajo. Se trataría de una formación ya no significada como aprendizaje práctico de herramientas “blandas”, como las del Trabajo Social, sino como remedio al sentimiento de decepción tras haber accedido al cuerpo con “vocación de ayudar”. Tras varias conversaciones y recomendación de lecturas a Miguel pude percibir cierta permeabilidad a

los discursos críticos con la institución policial y la reproducción de desigualdades que conllevaba. Este policía reflexionó sobre la arbitrariedad de sus jefes a la hora de poner en marcha, como cabo, operativos innecesarios justificados desde el pretexto de la “inseguridad subjetiva de los vecinos”: “¿Qué inseguridad? ¿Qué vecinos?”, expresó retóricamente. Miguel sostenía que dentro de la Policía hay un clima de decepción al ver que trabajan para “los políticos”: “nos hacen ir con el puente encendido para que se vea, cuando a lo mejor eso es más ineficaz si quieres pillar algo (...) El marketing policial se lleva mucho”. Sensible a “lo social”, criticaba que en el municipio en el que trabajaba no hacían controles de alcoholemia en “una urbanización muy pija”, “y, sin embargo, en otros sitios tenemos que hacer controles constantemente”.

Aparte de la decepción crítica, otro impulso que empuja a la formación es un cierto crecimiento intelectual que aminora la sensación de impotencia que expresan algunos policías a la hora de explicar la complejidad social sobre la que trabajan –especialmente en situaciones de interacción con personas a las que atribuyen mayor capital cultural. La carencia sentida de capital cultural –representada fundamentalmente por el temor a hablar en público, intervenir en juicios o ante personas activistas y periodistas–, se acompaña de una seducción por los discursos expertos sobre la seguridad en un sentido ya no estrictamente operativo, independientemente de su signo político. En varios encuentros públicos con presencia de policías en los que he desplegado un discurso crítico, he esperado con temor un chaparrón de intervenciones duras, fantaseando incluso con sufrir un linchamiento público. Nada más lejos de la realidad: lo que he obtenido de su parte son buenas palabras, admiración y, lo que me resulta más llamativo, cierto sentimiento de deslumbramiento perceptible a través de un acomplejamiento simétrico. Tras una charla, Marcelo, que ahora trabajaba asesorando a un grupo municipal de izquierdas, se me acercó para decirme que había “descrito perfectamente lo que pasa”. Por más que le aclarase que mi discurso se distanciaba de la gestión del concejal para el que trabajaba, a él le parecía que eran matices, que mi discurso era muy parecido al suyo. No parecía que fuese tanto la profundidad del análisis como el encanto que se desprendía de un sujeto académico, y que hablaba sobre su propia realidad desde un lugar diferente, lo que le resultaba fascinante. Marcelo había sentido por mi figura lo mismo que sentía por el concejal que asesoraba, psicólogo sanitario: “en mi opinión sois estudiosos, teóricos, y yo que soy un perro callejero. Entonces dices, hostias, joder, es que son dos mundos distintos”.

Si las estrategias de producción de orgullo policial buscaban superar el deshonor con la afirmación de lo políticamente incorrecto, aquí vemos un movimiento opuesto: la adopción de una posición de humildad ante lo que se vive como un “mundo distinto” al suyo. Marcelo, que se consideraba un “perro callejero”, sabía identificar “un hijo de puta” en la calle, pero reconocía que ni él ni ningún policía estaba capacitado para dar charlas en colegios: “¿qué formación tienes para eso? A tomar por culo, lo siento, soy radical en eso (...) Si me dices, tengo formación en pedagogía, en psicología, soy trabajador social, soy

maestro..., me lo puedo empezar a plantear". En su discurso, los policías deberían subordinarse a quienes tenemos esos "estudios".

Sensaciones similares de privilegio me han hecho sentir otros policías. A pesar de que yo era un joven investigador, las entrevistas que mantuve con Gutiérrez en 2006, veterano y subinspector, transcurrieron en medio de un clima en el que podía leerse cierta desigualdad. Gutiérrez me atribuía un mayor conocimiento "sociológico", balbuceaba en algunas informaciones, y en su formación imaginaria yo evaluaba lo que él decía. Otro subinspector de Policía Nacional, Francisco, que realizaba un Trabajo de Fin de Máster sobre la intervención de Ejército y Policía en situaciones de emergencia, acabó hablando en un tono retraído sobre lo defectuoso de su enfoque, centrado en la "táctica operativa", y lo deslumbrante de ese nuevo punto de vista sobre las causas de las intervenciones securitarias en cuestiones sociales del que le hablé y en el que "no había caído antes".

La fascinación por lo intelectual no es un hecho generalizado: el anti-intelectualismo es común entre policías, los cuales vivieron el sistema escolar y los discursos cultos como una forma de exclusión sobre sus habilidades y saberes, de manera especial si procedían de figuras femeninas. Sin embargo, entre los policías que aspiran a puestos de mando y un pequeño sector progresista –incómodo con la predominancia de discursos ultraderechistas entre compañeros–, la atracción por "la sociología", "la investigación" o "los estudios" es habitual. Este encanto se apoya en unas categorías morales en las que se socializaron de jóvenes que asocian "buen chico" con ir a la universidad y "mal chico" con fracasar en los estudios. Ellos comparten esa experiencia de "fracaso" con quienes no entraron en el mercado legal de trabajo, pero a diferencia de "los malos", designados así en el argot policial, habrían escogido una vía socialmente aceptable entre los de su clase, lo cual les acercaría al lado bueno de la bifurcación moral que implica la experiencia escolar. Unos agentes tutores describieron unos pisos de realojo como el lugar donde "se concentran las perlas, los catedráticos". El uso de este vocablo, símbolo del prestigio académico, se acompañó de la necesidad de contar tras la entrevista que uno de ellos se había matriculado en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, mientras que el otro se planteaba seguir sus pasos.

Las investigaciones o "estudios", aunque no procedan de la universidad, son mitificadas por los policías más inquietos, salvándolas de toda reflexividad acerca de las condiciones sociales y los procesos de producción de conocimiento. Ese conocimiento, cuando les interpela, aunque sea de manera crítica, produce una sensación ambivalente de ataque a su narcisismo –"como cuando a un toro de lidia le ponen un par de banderillas"–, y al mismo tiempo de fascinación, la que le provocó a Alejandro el investigador Daniel Wagman. Fue esta fascinación la que, desde un *habitus* plural (Lahire, 2004) le ha llevado a cuestionar el racismo policial sin dejar de reivindicar su profesión.

En la medida en que se impregnan de nuevos saberes que a su vez son fuente de un nuevo tipo de capital, estos policías están más dispuestos a cuestionar el capital guerrero y el propio privilegio de

autoridad, como hacía Alejandro: "La última ley de reforma de la Ley de Seguridad Ciudadana (...) es la invasión de un poder del Estado, con una visión de Estado amplia, incluso de los ayuntamientos, en la intimidad de las personas, sin dar cuenta prácticamente a nadie".

Alejandro no cuestiona la existencia de la Policía, se siente "muy policía". Pero había llevado a cabo un proceso reflexivo reforzado por el reconocimiento social externo a la institución por lo inédito de su trayectoria, lo cual le llevaba a cuestionarse el enorme poder policial por cuestiones éticas, y al final también de pérdida de eficacia: "cuando la policía hace un abuso de estos poderes, la historia, históricamente, siempre le retira el poder". Este enfoque más complejo de las dinámicas sociales e históricas sustentaba su convencimiento en la necesidad de una Policía abierta a la diversidad cultural, pues de lo contrario la propia Policía estaría generando "un sentimiento de rebeldía" entre la juventud musulmana, como "ha ocurrido en Bélgica y ha ocurrido en París".

Por último, otro policía convertido en concejal en un municipio de la periferia de Madrid y realizando una tesis doctoral, expuso en un acto público el ensanchamiento del concepto de seguridad y a la vez el necesario estrechamiento del campo de actuación de la Policía en la gestión de múltiples asuntos: epidemias, limpieza, medio ambiente, etc. Consideraba que, no existiendo un problema importante de delincuencia ni de terrorismo, los policías debían dejar de verse como "salvadores", héroes, y debían empezar a considerarse como "trabajadores".

Lo que ocurre en el fondo es paradójico: al mismo tiempo que el poder policial se expande cuando la institución se introduce en múltiples ámbitos que ya nada tienen que ver con lo delincencial, promoviendo la formación práctica e intelectual de los policías, el capital físico-guerrero y los saberes operativos quedan devaluados ante figuras sociales mejor posicionadas. En ese duelo, la figura de los "estudiosos" puede producir una profunda *impresión* (Ahmed, 2015) sobre esos policías que han renunciado a sus privilegios identitarios. Esas experiencias afectivas introducen nuevas emociones ligadas a otras concepciones de la realidad que pueden oponer cierta resistencia al mandato de orden social que tiene encomendada la institución, aunque parece poco probable que lleguen a subvertirlo.

4. A modo de cierre

Si tomamos en cuenta el argumento de Sara Ahmed (2015), las emociones no se tienen en el interior, sino que habitan en la relación: son políticas y trabajan sobre los cuerpos, circulando por los puntos de contacto y contribuyendo a dibujar las fronteras identitarias (nosotros/otros), así como a moldear la superficie corporal. El tipo de contactos que establecen los policías conlleva *impresiones* coherentes sobre los cuerpos y ayudan a dibujar las fronteras entre categorías de ciudadanía en las interacciones. La antropología política de las emociones policiales que hemos desarrollado en este artículo parte, pues, de considerarlas como un indicio de las relaciones sociales que experimentan en sus contextos de interacción concretos (Daich, Pita y Sirimarco, 2007). Tal y como afirma Mariana Sirimarco:

El devenir “sujeto policial” no es sólo adquirir y actuar los modos legítimos de pensar y hacer, sino que es incorporar, también, los modos apropiados de sentir. Las emociones se convierten así (...) en un “saber emocional” que no sólo señala al sujeto la dirección en que es lícito que desarrolle su emotividad, sugiriéndole cómo sentirse, sino que lo vincula, a su vez, a un entorno social, a una cierta comunidad emotiva (Sirimarco, 2010: 132).

Más que considerar la emoción en el trabajo policial como un fenómeno natural, un simple dato a describir, hemos intentado reconstruir el universo de sentidos del cual forma parte y sus usos sociales, analizándola como “un engranaje que colabora en la dilucidación de una determinada pregunta en un determinado campo empírico” (Sirimarco y Spivak L’Hoste, 2018: 307). Así vista, la emoción no puede desligarse del discurso ni de las prácticas, sino que nos habla de la encarnación de lógicas de acción particulares.

En este artículo, sin desdeñar la relevancia de las emociones policiales vinculadas con la violencia física, y que ha sido objeto privilegiado de la literatura socio-antropológica, hemos querido ampliar el foco sobre aquellas que emergen en situaciones más cotidianas en Madrid: las emociones ligadas a una policía de servicio por contraste con una policía de fuerza. Se trata de situaciones en las que emerge una cierta sensación de vulnerabilidad –tensión, presión, juicio crítico. A partir de esta precariedad, se activan distintas estrategias que se bifurcan en el refuerzo del espíritu de cuerpo, por un lado, y en la reflexividad, por otro. Ambas formas de subjetivación conllevan repertorios emocionales diferenciados.

El análisis de la Policía actual es, en última instancia, una forma crucial de abordar una antropología política del dominio neoliberal (Wacquant, 2011). La indagación tanto en las emociones relacionadas con la vulnerabilidad como en las que son el resultado de estrategias para afrontarlas, nos permite conocer en mayor profundidad un mundo, el policial, que resulta determinante en el sostenimiento del orden social contemporáneo a través de la traducción corporal y emocional de los esquemas estructurales en sus interacciones (Fassin, 2013; Martin, 2018). A su vez, este conocimiento abre reflexiones sobre las estrategias políticas destinadas a la reducción del poder policial, o al menos de su daño social sobre ciertos colectivos.

5. Referencias bibliográficas

- Águeda, Pedro (2021). “Muere un hombre en Madrid por los disparos de la Policía después de atacar a un agente con un cuchillo”, *eldiario.es*, 5 de mayo. Disponible en: https://www.eldiario.es/madrid/policia-abate-hombre-armado-cuchillo-centro-salud-madrid_1_8462310.html [Consulta: 20-07-2023].
- Ahmed, Sara (2015). *La política cultural de las emociones*. México: UNAM.
- Albín, Danilo (2020). “Más de 30 ahorcamientos en comisarías revelan los fallos de los protocolos antisuicidios”, *Público*, 18 de mayo. Disponible en: <https://www.publico.es/politica/interior-30-ahorcamientos-comisarias-revelan-fallos-protocolos-antisuicidios.html> [Consulta: 18-07-2023].
- Alves, Jaime A. (2021). “F*ck the Police! Antiblack statecraft, the myth of cops’ fragility, and the fierce urgency of an insurgent anthropology of policing”, *Focaal—Journal of Global and Historical Anthropology* 91, 100–114. Doi: <https://doi.org/10.3167/fcl.2021.910108>
- Anta Félez, José Luis (2020). “La performatividad del control: la policía y la moderna mirada del Ángel Custodio”. En Carmen Castilla Vázquez y Óscar Salguero Montaña (2020), *La etnografía como forma de vida: Un homenaje al profesor Rafael Briones Gómez*. Granada: Universidad de Granada.
- Ávila Cantos, Débora; García García, Sergio (2020). “La policía de «lo social: la inserción de las fuerzas de seguridad en la gestión de la convivencia (el caso de Madrid, 2015-2019)”, *Revista Crítica Penal y Poder*, n° 19, 107-131. Disponible en: <https://revistes.ub.edu/index.php/CriticaPenal-Poder/article/view/31389/31394> [Consulta: 23-10-2020].
- Babül, Elif (2017). “Understanding police training on Human Rights (Turkey)”, en Didier Fassin (ed.), *Writing the World of Policing. The difference ethnography makes*, Chicago: The University of Chicago Press, 139-160.
- Ballesteros, Roberto R. (2013). “Ana Botella crea un gabinete para tratar las “alteraciones psicológicas” de sus policías”, *La información*, 11 de noviembre. Disponible en: https://www.lainformacion.com/espana/ana-botella-crea-un-gabinete-para-tratar-las-alteraciones-psicologicas-de-sus-policias_1p6o7USP1pVR03s4aOjB53/ [Consulta: 23-07-2023].
- Barroso, F. Javier (2012). “Madrid pierde 567 policías en el último concurso de traslados”, *El País*, 3 de junio. Disponible en: http://ccaa.elpais.com/ccaa/2012/06/03/madrid/1338750396_288901.html [Consulta: 15-07-2023].
- Belmonte, Eva; Cabo, David (2018). “Más de 500 funcionarios han perdido su plaza por condena desde 1996, un centenar de ellos por malversación”, *Civío*, 21 de noviembre. Disponible en <https://civio.es/el-boe-nuestro-de-cada-dia/2018/11/21/500-funcionarios-han-perdido-su-plaza-por-condena-desde-1996-100-de-ellos-por-malversacion/> [Consulta: 11-07-2023].
- Bourdieu, Pierre (1999). “El espacio de los puntos de vista”, en Pierre Bourdieu (Dir.), *La miseria del mundo*, Madrid: Akal, 9-10.
- Bowling, Benjamin; Reiner, Robert; Sheptycki, James (2010). *The politics of the Police*. Oxford: Oxford University Press.
- Brandariz, José Ángel (2016): *El modelo gerencial-actuarial de penalidad. Eficiencia, riesgo y Sistema penal*. Madrid: Dykinson.
- Brigadas Vecinales de Observación de Derechos Humanos (2015). “Los controles de identidad como expresión de la seguridad diferencial”, en Débora Ávila y Sergio García (coord.) *Enclaves de riesgo: Gobierno neoliberal, desigualdad y control social*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Butler, Judith (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós.

- Caminando Fronteras (2022). *Víctimas de la frontera Nador-Melilla el 24/6/2022*. Disponible en: <https://caminandofronteras.org/wp-content/uploads/2023/01/Informe-Masacre-Nador-Melilla-ES.pdf> [Recuperado: 15-07-2023].
- Chan, Janet (2012). "Utilizando el marco teórico de Pierre Bourdieu para comprender la cultura policial". *Delito y Sociedad* 33, 1º semestre 2012, 61-80. Disponible en: [ad0df7ea722631be94d396ed333ed42729aa.pdf](https://www.semanticscholar.org/document/0df7ea722631be94d396ed333ed42729aa) (semanticscholar.org) [Consulta: 24-07-2023].
- Crawford, Adam (1999). *The local governance of crime. Appeals to Community and Partnerships*. Oxford: Oxford University Press.
- Crawford, Adam (dir.) (2009). *Crime Prevention. Policies in Comparative Perspective*. Cullompton: Willan Publishing.
- Daich, Deborah; Pita, María Victoria; Sirimarcó, Mariana (2007). "Configuración de territorios de violencia y control policial: corporalidades, emociones y relaciones sociales". *Cuadernos de antropología social*, (25), 71-88. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-275X2007000100004&lng=es&tlng=pt [Consulta: 26-07-2023].
- De Miguel, Estibaliz (2011). "Emociones y desigualdades sociales. El caso del miedo", en *Asociación Castellano-manchega de Sociología (ed.), IX Premio de ensayo breve en ciencias sociales "Fermín Caballero"*, 49-77.
- Diariodehuelva.es (2017). "Los policías viven los 20 peores minutos de las vidas de otros", *diariodehuelva.es*, 15 de diciembre. Disponible en: <https://www.diariodehuelva.es/articulo/provincia/los-policias-viven-los-20-peores-minutos-las-vidas-otros/20171215115614167098.html> [Consulta: 20-05-2023].
- Dorlin, Elsa (2019). *Autodefensa. Una filosofía de la violencia*. Tafalla: Txalaparta.
- Esteban, Mari Luz (2004). *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Bellaterra.
- Fassin, Didier (2013). *La force de l'ordre. Une anthropologie de la police des quartiers*. Paris: Seuil.
- (ed.) (2017a). *Writing the World of Policing. The difference ethnography makes*. Chicago: The University of Chicago Press.
- (2017b). *La razón humanitaria. Una historia moral del tiempo presente*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2018). "A moral interpretation of police deviance", en K. G. Karpiak y W. Garriott (eds.), *The Anthropology of police*. New York: Routledge, 175-187.
- Galeano, Diego (2011). "Caídos en cumplimiento del deber". Notas sobre la construcción del heroísmo policial, en Diego Galeano y Gregorio Kaminsky (Coords.), *Mirada (de) uniforme. Historia y crítica de la razón policial*, Buenos Aires, Teseo, 185-221.
- García García, Sergio (2012). "Dispositivo securitario en un espacio barrial. La práctica policial de los controles de identidad", *Arbor*, 188(755), 573-590. Doi: <https://doi.org/10.3989/arbor.2012.755n3009>.
- García García, Sergio; Fernández Bessa, Cristina; Mendiola, Ignacio (2020). "El giro preventivo de lo policial. Presentación", *Revista Crítica Penal y Poder* 2020, nº 19, 1-19. Disponible: <https://revistas.ub.edu/index.php/CriticaPenalPoder/article/view/31384> [Consulta: 23-11-2020].
- García García, Sergio; Mendiola, Ignacio; Ávila Cantos, Débora et al. (2021). *Metropolice. Seguridad y policía en la ciudad neoliberal*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Geertz, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Greco, Mauro (2011). "Pensamientos encarnados y emociones corporizadas: impresiones sobre una entrevista cualitativa en profundidad a dos vecinos de un excentro clandestino". Seminario Alquimias etnográficas: subjetividad y sensibilidad teórica. Disponible en: https://www.academia.edu/25786843/Pensamientos_encarnados_y_emociones_corporizadas_impresiones_sobre_una_entrevista_cualitativa_en_profundidad_a_dos_vecinos_de_un_excentro_clandestino [Consulta: 24-07-2023].
- Hall, Stuart; Critcher, Ch.; Jefferson, T.; et al. (2013). *Policing the Crisis: Mugging, the State and Law and Order*. London: Palgrave Macmillan.
- Herbert, Steve (2017). "Accountability: Ethnographic Engagement and the Ethics of the Police", en Didier Fassin (ed.), *Writing the World of Policing. The difference ethnography makes*, Chicago, The University of Chicago Press, 23-41.
- Hochschild, Arlie R. (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Madrid: Katz.
- (2018). *Extraños en su propia tierra*. Madrid: Capitán Swing.
- Hornberger, Julia (2017). "Complicity: Becoming the Police", en Didier Fassin (ed.), *Writing the World of Policing. The difference ethnography makes*, Chicago, The University of Chicago Press, 42-61.
- Illouz, Eva (2007). *Intimidaciones congeladas. Las emociones en el capitalismo*. Buenos Aires: Katz.
- Jauregui, Beatrice (2017). "Intimacy: Personal Policing, Ethnographic Kinship and Critical Empathy", en Didier Fassin (ed.), *Writing the World of Policing. The difference ethnography makes*, Chicago, The University of Chicago Press, 62-89.
- Lahire, Bernard (2004). *El Hombre Plural. Los resortes de la acción*. Barcelona: Bellaterra.
- Le Breton, David (1999). *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Manning, Peter K. (2018). "An anthropology of policing", en Kevin G. Karpiak y Willian Garriott (eds.), *The Anthropology of police*, New York, Routledge, 2018, 23-33.
- Martin, Jeffrey T. (2018). "Police culture: what it is, what it does, and what we should do with it", en Kevin G. Karpiak y Willian Garriott (eds.), *The Anthropology of police*, New York, Routledge, 2018, 34-45.
- Martin, Susan E. (1999). "Police Force or Police Service? Gender and Emotional Labor", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 561 (1), 1999, 111-126. Doi: <https://doi.org/10.1177/000271629956100>
- Medina, Juan José (2022). Intervención de Juan José Medina el 18 de marzo de 2022 en Comissió d'Estudi sobre el Model Policial. Disponible en web: https://www.parlament.cat/ext/f?p=700:DETALL_VIDEO:0:::15:P15_ID_

- VIDEO,P15_ID_AGRUPACION:13382930,17489 [Consulta: 24-03-2022].
- Mendiguren, Ander (2021). "Condición odorífica, go-bierno olfativo y odoro-socialidad: etnografía nasal en la zona gris bilbaina". *Disparidades. Revista De Antropología*, 76(2), e019. Doi: <https://doi.org/10.3989/dra.2021.019>
- Montero, Augusto (2005). "Las discusiones acerca del objeto de los estudios sobre policía y actividad policial. Una presentación". *IV Jornadas de Sociología de la UNLP*, Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.6666/ev.6666.pdf [Consulta: 15-01-2024].
- Nabaes Jodar, Santiago Ginés (2018). "El concepto de cultura policial", *Unidad Sociológica* | Número 12, Año 3 | Febrero 2018-Mayo, 88-97. Disponible en: https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/184051/CONICET_Digital_Nro.086fe786-6ac9-4e7e-91bd-165731be9c56_B.pdf?sequence=2&isAllowed=y [Consulta: 15-01-2024].
- Notes de Seguretat (2023). "Canadá plantea dejar de movilizar a la policía en situaciones de crisis de salud mental", en *Notes de Seguretat*, 29 de mayo. Disponible en: <https://notesdeseguretat.blog.gencat.cat/2023/05/29/canada-plantea-dejar-de-movilizar-a-la-policia-en-situaciones-de-crisis-de-salud-mental/> [Consulta: 20-07-2023].
- Pauschinger, Dennis (2020). "Working at the edge: Police, emotions and space in Rio de Janeiro". *Environment and Planning D: Society and Space*, 38(3), 510-527. <https://doi.org/10.1177/0263775819882711>
- Pérez Mendoza, Sofía (2017). "La Policía Municipal introdujo un filtro para detectar perfiles ultras en las últimas oposiciones", *eldiario.es*, 22 de noviembre. Disponible: https://www.eldiario.es/madrid/municipales-madrid-regularmente-evaluaciones-inapropiadas_1_3055125.html [Consulta: 10-07-2023].
- Pons Rabasa, Alba (2018). "Vulnerabilidad analítica, interseccionalidad y ensamblajes: hacia una etnografía afectiva", en Alba Pons Rabasa y Siobhan Guerrero Mc Manus (coords.) (2018), *Afecto, cuerpo e identidad. Reflexiones encarnadas en la investigación feminista*. Ciudad de México: UNAM, 23-51.
- Recio, Enrique; Suárez, Carmen (2022). "Un día en la 'brigada antisuicidios' de la Policía Nacional: así salva cientos de vidas por teléfono", *The Objective*, 5 de mayo. Disponible en: <https://theobjective.com/espana/2022-02-05/brigada-antisuicidios-policia-nacional/> [Consulta: 11-07-2022].
- Ralph, Laurence (2017). "The extralegal force embedded in the law (United States)", en Didier Fassin (ed.), *Writing the World of Policing. The difference ethnography makes*. Chicago: The University of Chicago Press, 2017, 248-268.
- Reiner, Robert (2012). *Las políticas de la policía*. Buenos Aires: Prometeo.
- Santos Ángeles Custodios de España (s/f). Santos Ángeles Custodios, Amigos del Cuerpo Nacional de Policía. Disponible en: <https://santosangelescustodios.es/> [Consulta: 22-07-2023].
- Seigel, Micol (2018). *Violence Work. State Power and the Limits of Police*. New York: Duke University Press.
- Sirmarco, Mariana (2010). "Memorias policiales: narrativas de emotividad", en *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*; 9; 12-2010; 127-143. Disponible en: <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/199908> [Consulta: 10-06-2023].
- Sirmarco, Mariana; Spivak L'Hoste, Ana (2018). "Introducción. La emoción como herramienta analítica en la investigación antropológica", en *Etnografías contemporáneas*, Año 4 Núm. 7, Dossier "Teorizar lo emotivo: antropología y emoción", 7-15. Disponible en <https://revistasacademicas.unsam.edu.ar/index.php/etnocontemp/article/view/467/436> [Consulta: 15-01-2024].
- Souhami, Anna (2023). "Untold stories of police ethnography", en Jenny Fleming & Sarah Charman (eds.) *Routledge International Handbook of Police Ethnography*, New York, Routledge, 106-114.
- Sozzo, M. (2000): "Seguridad urbana y tácticas de prevención del delito", *Cuadernos de Jurisprudencia y Doctrina Penal, Ad-Hoc, N. 10, 2000*.
- Steinmetz, Emily (2023). "Punisher como símbolo del vigilante policial", *Antropologías*. Disponible en: <https://antropologias.com/punisher-como-simbolo-del-vigilante-policial/> [Consulta: 31-07-2023].
- Turner, Victor (1980). *La selva de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Vázquez, Samuel; Vallejo, Josema (2022). *Don't Fuck the Police. Un modelo policial que protege al poder y no a los ciudadanos*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Vitale, Alex S. (2018). *The end of policing*. New York: Verso.
- Wacquant, Loïc (2011). "Tres pasos hacia una antropología histórica del neoliberalismo real". Disponible en: <https://biblat.unam.mx/hevila/HerramientaBuenosAires/2012/no49/3.pdf> [Consulta: 10-11-2022].

Sergio García García. Profesor del Departamento de Antropología Social y Psicología Social de la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido docente en la Facultad de Trabajo Social (Dpto. de Trabajo Social y Servicios Sociales), en distintas universidades (Universidad de Castilla la Mancha, Pontificia de Comillas, Universidad Camilo José Cela) y en diferentes áreas de conocimiento (Antropología, Sociología y Trabajo Social). Se ha especializado en el estudio de inseguridad urbana y la gestión policial, así como en las periferias urbanas, la intervención social como dispositivo de gobierno y la acción comunitaria como productora de vínculos de cuidados y autonomía. Fruto de esas especializaciones, ha desarrollado diversas publicaciones académicas y en diferentes organizaciones sociales, entre las que destacan la co-coordinación y co-escritura de los libros *Enclaves de riesgo. Gobierno neoliberal y desigualdad social* y *Metropolice. Seguridad y policía en la ciudad neoliberal* (ambos editados por Traficantes de Sueños).